
HARLEQUIN
Deseo™
MI VIDA CONTIGO
SARA ORWIG



MI VIDA CONTIGO

SARA ORWIG



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Mi vida contigo, n.º 2048 - junio 2015
Título original: At the Rancher's Request
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-6283-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

Mike Calhoun frunció el ceño mientras miraba por el espejo retrovisor a su hijo de tres años, Scotty, en el asiento trasero de la camioneta. Tras comprobar que el pequeño estaba bien, volvió a concentrarse en la carretera. Llovía a cántaros y la visibilidad era casi nula. No se había cruzado con ningún coche ni visto señales de vida en la última media hora, pero, por fin, vio una lucecita brillando a lo lejos y suspiró, aliviado. La gasolinera de Ed era la única estación de servicio entre el pueblo más cercano y su rancho, al oeste de Texas.

Aminoró la velocidad para colocarse bajo el techado que cubría los ocho depósitos de gasolina, pero allí no había nadie. Las luces del interior del local estaban apagadas. Ed se había ido a casa y Mike lo entendía. Nadie pasaría por allí una tarde de sábado lluviosa y gris.

–Vamos a parar un rato, Scotty –dijo, volviéndose a su hijo–. Si esperamos dejará de llover y será más fácil conducir hasta el rancho –añadió, mientras le quitaba el cinturón de seguridad.

Scotty lo miró solemnemente.

–¿Podemos cruzar el puente?

Sonriendo, Mike le revolvió los rizos oscuros.

–Creo que sí, Scotty. Si no podemos cruzar el puente, daremos un rodeo. Tardaremos un poco más, pero llegaremos a casa

Los faros de un coche emergieron entonces entre la lluvia, en dirección a la gasolinera.

–Mira, viene alguien. Puede que sea gente del rancho.

Cuando el coche pasó al lado de la camioneta, Mike vio que salía humo del motor. El conductor se detuvo a un par de metros y cuando salió vio que era una mujer con un anorak y una larga trenza rubia.

–No la conocemos, Scotty. Quédate aquí mientras yo voy a ver si necesita ayuda. Parece que tiene problemas.

Mike se guardó las llaves en el bolsillo, salió de la camioneta y cerró la puerta.

–¿Puedo ayudarla? –le preguntó.

La mujer, rubia y de grandes ojos azules, dejó escapar un suspiro.

–Sí, gracias. No sé qué le pasa a mi coche.

–Mi nombre es Mike Calhoun.

–Savannah Grayson –se presentó ella–. Tenía miedo de quedarme tirada en medio de la carretera. Llevaba muchos kilómetros haciendo ruido y, de repente, ha empezado a salir humo. Menos mal que he visto su camioneta... pero veo que va con un niño y no quiero molestarlo.

Mike saludó a Scotty con la mano y el niño le devolvió el saludo.

–No se preocupe, el niño está bien.

–No sé qué le pasa a mi coche y...

De repente, del motor empezaron a salir llamas y Mike corrió a su camioneta para buscar un extintor mientras Savannah lanzaba un grito. En unos segundos el fuego quedó apagado, pero ella parecía desolada.

–Lo siento. ¿Ha venido a visitar a alguien?

Estaba seguro de que no era de la zona porque de ser así la recordaría.

–No, solo estoy de paso. Voy de camino a California desde Arkansas. No conozco a nadie aquí y veo que la gasolinera está cerrada –la joven frunció el ceño, mirando las luces apagadas del local.

–Cuando deje de llover la llevaré a Verity, allí hay un buen hotel. Llamaré a Ed, el propietario de la gasolinera, para decirle que va a dejar aquí su coche durante el fin de semana. Hasta el lunes no vendrá nadie.

–Gracias –dijo ella con un esbozo de sonrisa.

–Vamos a sentarnos con mi hijo hasta que deje de llover. Es una tormenta tremenda. Hemos tenido muchos meses de sequía y estamos recibiendo toda la lluvia de repente para compensar, pero por el frío que hace me temo que esta noche va a nevar –Mike abrió la puerta de la camioneta y Savannah sonrió al niño.

–Hola.

–Le presento a Scotty, mi hijo. Scotty, te presento a Savannah Grayson.

–Hola –dijo el niño, mirándola fijamente.

Mike se sentó tras el volante mientras ella se quitaba el anorak y volvió a encender la calefacción.

–No sé qué habría hecho de no haberlo encontrado –dijo Savannah–. Seguramente salir corriendo cuando se incendió el motor. Supongo que la lluvia habría apagado el fuego.

Mike esbozó una sonrisa.

–Dice que es de Arkansas, ¿de dónde exactamente? –le preguntó, mirando esos ojos azules como un cielo de verano.

–Little Rock –respondió ella.

De repente, la lluvia se convirtió en granizo y, en unos segundos, el repiqueteo sobre el capó se volvió atronador.

–Menos mal que estamos resguardados –dijo Savannah.

–Yo también me alegro –Mike llamo a Ed para decirle que dejaban el coche en la gasolinera y luego guardó el móvil en el bolsillo–. El lunes vendrá a echarle un vistazo, pero hasta entonces no puede hacer nada. Debería sacar sus cosas y dejar la llave en el buzón de la puerta.

–Muy bien.

–Pero habrá que esperar a que pase esta tormenta de granizo.

–Le agradezco mucho que me lleve a Verity.

–No me importa.

El granizo caía cada vez con más fuerza, rebotando en el capó de la camioneta mientras los relámpagos iluminaban el cielo.

–Perdone un momento, quiero comprobar cómo van las cosas en el rancho –Mike llamó a su capataz para decirle dónde estaba y después de unos segundos cortó la comunicación–. No creo que podamos ir a Verity esta noche porque el riachuelo se ha desbordado y tenemos que cruzar el puente para llegar allí. Además, la temperatura está bajando. Si esto sigue

así, las carreteras se helarán en un par de horas.
–Parece que estamos cada vez peor –dijo ella, mirando por el parabrisas.
–Savannah, puedes quedarte en el rancho conmigo –dijo Mike entonces, tuteándola por primera vez–. Puedes llamar al comisario de Verity para pedirle referencias de mí. Tengo su número, es pariente mío. Y si quieres hablar con alguien que no sea un pariente puedo darte el número de mi abogado.
Ella rio.
–Son muchas referencias.
–Voy a llamar al comisario para que hables con él.
–Por favor, no hace falta que lo llames. Creo que la mejor referencia está en el asiento trasero.
Savannah se volvió hacia el niño.
–¿Crees que puedo confiar en tu padre?
–Sí, señora.
Savannah sonrió; una sonrisa seductora que revelaba unos dientes blancos y hacía que aquella tormenta pareciese más soportable.
–Creo que estoy a salvo contigo. No tienes que llamar al comisario. ¿Necesitas llamar a tu mujer para decirle que llevas una invitada a casa?
Mike apartó la mirada. Nadie le había preguntado por Elise en mucho tiempo, aún le seguía doliendo.
–Soy viudo.
–Lo siento –dijo ella.
–Parece que la tormenta ya no es tan fuerte. Vamos a sacar las cosas de tu coche antes de nada. Scotty, no te muevas de ahí.
–Sí, señor –replicó el niño.
En unos minutos cargaron las maletas, el ordenador, dos mochilas y una caja. Luego cerraron el coche y dejaron las llaves en el buzón de la gasolinera.
–No te preocupes, no le pasará nada.
–No estaba preocupada. Es un viejo coche con el motor quemado, no creo que lo quiera nadie. Y muchísimas gracias por tu ayuda.
–No hay de qué.
–Espero no molestar demasiado. Puedo dormir en cualquier parte, en el sofá, en el suelo, me da igual.
Mike sonrió.
–No tendrás que dormir en el suelo. En mi casa hay muchas habitaciones.
Permanecieron callados un rato mientras Mike se concentraba en conducir. Seguía lloviendo con fuerza, pero no era la tormenta de antes y la visibilidad había mejorado.
Casi una hora después, cuando se acercaban al rancho, Mike llamó de nuevo a su capataz. Cuando cortó la comunicación miró por el espejo retrovisor a su hijo, que le devolvió la mirada con sus ojazos castaños.
–Scotty, tenemos que cruzar el puente para llegar a casa, pero llegaremos.
El niño sonrió y Mike miró a Savannah.
–Mi capataz está en el riachuelo que cruza el rancho. No podemos entrar

por el sitio habitual, así que tengo que dar una vuelta.

–Haz lo que tengas que hacer. Cualquier cosa es mejor que quedarme en el coche con esta tormenta –dijo ella sonriendo–. No sabes cuánto agradezco estar con gente en este momento.

De repente, la tormenta cobró fuerza, el granizo golpeaba el capó con un ruido ensordecedor.

–Maldita sea –murmuró Mike, al ver la expresión asustada de Scotty.

–Papá, esto no me gusta.

–Parará enseguida, no te preocupes. Y con cada kilómetro nos acercamos más a la casa.

–Mira, yo llevo una linterna –dijo Savannah, buscando en su bolso–. Y esto es una brújula, que indica dónde estamos. W significa Oeste y estaremos más cerca de casa cuando la aguja señale...

–La N –dijo Mike.

–N de norte –añadió Scotty.

–Muy bien –dijo Savannah, volviéndose hacia Mike–. ¿Cuántos años tiene?

–Pronto cumplirá tres, pero siempre está con adultos. Es un niño muy espabilado.

–Puedes mirar la brújula con la linterna –la tormenta se recrudeció en ese momento y tuvo que levantar la voz–. Ah, y también llevo una canica en el bolso. La esconderé en una mano y tú tienes que averiguar en cuál de ellas está.

Savannah había conseguido que Scotty se olvidase de la tormenta mientras miraba sus manos intentando adivinar dónde tenía la canica. Mike se dio cuenta de que estaba apretando el volante con fuerza e intentó relajarse, pero seguía lloviendo a mares y no estaba seguro de poder cruzar el puente.

Mientras Scotty jugaba con la linterna, Savannah se dio la vuelta en el asiento.

–Gracias –dijo Mike.

–De nada. Los niños me divierten.

–¿Tienes hermanos?

–Somos cuatro, yo soy la pequeña. Y tengo un montón de sobrinos.

Le gustaría preguntarle más cosas, pero tenía que concentrarse en conducir. Unos minutos después llegaban a la entrada del rancho, con una puerta de hierro forjado bajo un arco con las letras MC en el centro. Mike aminoró la velocidad y se acercó a un poste de la entrada para pulsar el código que abría la verja.

–Tu hijo se ha dormido –susurró Savannah.

–Ya me lo imaginaba. No te preocupes, no tienes que susurrar.

–No quiero despertarlo.

–No se despertará –Mike dejó escapar un suspiro–. Menos mal que se ha dormido. Tenemos que cruzar un riachuelo desbordado... en la entrada de la casa hay un puente, pero es viejo y seguramente estará cubierto de agua. El puente en esta parte del riachuelo es más alto y será más fácil cruzarlo.

–Se lo has prometido.

Él asintió con la cabeza.

–La confianza es importante para los niños –murmuró, sin dejar de mirar la carretera.

–Imagino que tú te has ganado la suya.

–Espero que así sea, pero él sabe que hay cosas que no puedo controlar.

–Esperemos que cruzar el puente no sea una de ellas.

Savannah agradecía haberlos encontrado. De no ser así, habría tenido que pasar la noche en una solitaria carretera bajo una tormenta de granizo... no quería ni imaginarlo.

Pensativa, estudió el perfil de Mike Calhoun. Llevaba un sombrero negro, una cazadora de cuero forrada de piel, vaqueros y botas. Tenía un aspecto competente, capaz. El niño era una adorable miniatura de su padre, con el mismo pelo negro y ojos oscuros.

Savannah miró alrededor. El rancho debía de ser enorme, porque parecía como si hubiera pasado un siglo desde que cruzaron la verja.

–Ahí está –dijo Mike, como si le hubiera leído los pensamientos.

Savannah vio lo que parecía un río de agua negra. Era más grande que cualquier riachuelo que hubiera visto. El agua se había desbordado y los faros de la camioneta permitían ver a un grupo de hombres con impermeable al otro lado.

–Nunca había visto el riachuelo tan lleno. Jamás.

Asustada, Savannah miró el puente, que estaba prácticamente bajo el agua.

–¿Podremos cruzarlo? –preguntó, aprensiva.

–Vamos a intentarlo –replicó Mike, deteniéndose para llamar al capataz–. Gracias por venir, Ray... –luego hizo una pausa para escuchar–. Creo que lo lograremos, pero me alegro de que estéis aquí.

Savannah vio que los hombres iluminaban el puente con los faros de sus vehículos.

–Han atado cuerdas a los árboles. Si caemos al agua, yo me encargo de Scotty. Tú intenta agarrarte a una cuerda o a cualquier cosa que pueda sujetarte. Alguien te ayudará, no te preocupes. No creo que vaya a pasar nada, pero si es así tendremos ayuda. Si caemos al agua, nada con la corriente e intenta dirigirte a la orilla.

Ella lo miró, horrorizada.

–No quiero que nadie tenga que arriesgar su vida para sacarme del riachuelo, pero no sé si podría nadar con esa corriente tan fuerte.

–Los chicos te sacarán. No podemos volver atrás y tampoco podemos quedarnos aquí toda la noche. No te preocupes. Estoy seguro de que el puente aguantará –dijo Mike, aparentemente tranquilo mientras bajaba las ventanillas–. Si nos hundiéramos sería fácil salir. Y la camioneta flotaría...

–Por favor, no lo digas –lo interrumpió ella.

Conteniendo el aliento, Mike levantó el pie del freno, con una mano en el volante y otra en la portezuela, por si tenía que salir a toda prisa. El agua saltaba sobre el puente, cubriendo los neumáticos, pero lograron llegar al otro lado sin hundirse y Savannah dejó escapar un suspiro de alivio.

–¡Lo hemos conseguido! –exclamó.

Un hombre alto se acerco a la camioneta.
–Gracias, Ray –dijo Mike.
–Me alegro de que hayas podido cruzarlo.
–Y yo también. Ray, te presento a la señorita Grayson. Su coche se ha averiado y lo hemos dejado en la gasolinera de Ed. Va a dormir aquí esta noche.
–Hola, señorita Grayson –la saludó el hombre.
–Savannah, te presento a Ray Farndale, mi capataz.
–Gracias por esperarnos aquí –dijo ella.
–De nada. Me alegro de que nuestra ayuda no haya sido necesaria –respondió el hombre–. Mike, nos vemos por la mañana. Será mejor que nos vayamos antes de que empiece a nevar. Si sigue así, nadie será capaz de cruzar el puente.
–¿Y los animales? ¿Necesitáis ayuda?
–No, lo tenemos todo controlado por el momento. Pero si la temperatura sigue bajando, mañana tendremos otro tipo de problemas.
–Sí, lo sé –Mike subió la ventanilla después de despedirse del capataz.
–No sabes cuánto me alegro de haber cruzado el puente. Y de que Scotty siga dormido –dijo Savannah–. Pero tú estabas tan tranquilo. Parece que no te asustas fácilmente.
–Eso no habría ayudado nada –Mike esbozó una sonrisa–. Bueno, vamos a casa –dijo luego.
–¿Te gusta la vida en un rancho?
–Lo bueno compensa lo malo. Hay algo nuevo cada día, retos constantes. Eso me gusta.
–¿De verdad? Menos mal que puedes conservar la calma en cualquier situación –Savannah pensó en lo dura que era esa vida, tan diferente a todo lo que ella conocía.
Pasaron frente a una especie de hangar enorme. Más allá, Savannah podía ver luces a ambos lados de la carretera. Había varios edificios, seguramente establos y corrales.
–Los chicos van a la casa de los peones. Algunos de ellos tienen casa y familia aquí.
Unos minutos después llegaron a una casa de tres plantas. Mike pulsó un botón en su móvil y las luces se encendieron. El camino de entrada terminaba en una elegante puerta cochera.
–Parece que no tendré que dormir en el suelo –bromeó Savannah, sorprendida por el tamaño de la casa–. ¿Y todo esto de criar vacas?
–No, todo esto porque mis antepasados fueron los primeros ganaderos que se instalaron aquí. Cada generación construyó algo nuevo, hemos sido muy afortunados –cuando empezaron a caer los primeros copos de nieve, Mike dejó de sonreír–. Mira, ha empezado a nevar. Me alegro de estar en casa.
Las luces del salpicadero bañaban el rostro de Savannah en un halo rosado, destacando el brillo de sus ojos azules. Y, de repente, Mike se fijó en ella como mujer. Era como si entre ellos hubiera pasado una corriente eléctrica. Y Savannah parecía sentirlo también, porque la vio tragar saliva.
La sorpresa lo dejó inmóvil. No había mirado así a una mujer desde que

perdió a Elise por culpa del cáncer casi dos años antes, un año después del nacimiento de Scotty. Sorprendido por esa reacción, Mike apartó la mirada.

–Scotty es un chico afortunado. Sigue dormido –murmuró Savannah.

–Voy a llevarlo a la cama. Luego volveré a por las maletas.

–No te preocupes por mis cosas. Yo llevaré la bolsa que necesito para esta noche, el resto puede esperar hasta mañana. Encárgate de tu hijo.

–Su niñera ha tenido que irse. Su hija ha tenido un niño y Nell, la señora Lewis, ha ido a echarle una mano unas semanas.

–Yo no tengo prisa, no te preocupes –insistió Savannah, tomando el bolso, una mochila y su ordenador.

Mike le desabrochó el cinturón de seguridad a Scotty y lo tomó en brazos.

–Vamos, la puerta está abierta.

–Tienes una casa preciosa –murmuró Savannah mientras recorrían un pasillo con plantas y cuadros de paisajes y escenas del Oeste. A su derecha vio un cuarto de estar y un comedor con una enorme mesa en la que cabrían veinte personas. A la izquierda, una biblioteca con techo artesonado–. Qué biblioteca tan enorme. ¿Te gusta leer?

Mike asintió con la cabeza.

–Muchos de los libros son viejísimos. Scotty tiene su propia estantería en su habitación, así no rompe valiosas ediciones de la colección familiar.

–Cómo no se pierde en una casa tan grande.

–Parece grande porque no la conoces, pero pronto la conocerás.

–¿Eso significa que va a nevar durante días?

–No te preocupes, encontraremos alguna forma de pasar el rato.

Mike sonreía y Savannah tuvo que reír. ¿Estaba flirteando con ella?

–Este rancho es toda mi vida –dijo él, mientras se dirigían a otro pasillo–. Mis hermanos tienen otros intereses, pero mi mundo está aquí. Mi hermana, la que más se parece a mí, tiene un rancho cerca de aquí. También tengo una casa en Verity que no uso nunca y un apartamento en Dallas al que no suelo ir. ¿Tú vives en un pueblo o en una ciudad?

–En una ciudad –respondió Savannah–. No sé nada del campo y mucho menos de la vida en un racho de Texas.

–Mi habitación está al final del pasillo. Todas las demás están disponibles, puedes utilizar la que quieras. La habitación de Scotty está frente a la mía y su niñera tiene otra al lado. Puedes dormir allí si quieres, así no te sentirás tan apartada.

Mike entró en una habitación y encendió la luz. En realidad era una suite, con una pantalla de televisión, un escritorio de cristal y dos sofás, todo decorado en tonos crema y turquesa, con suelos de madera.

–Detrás de esa puerta están el dormitorio y el baño. Ponte cómoda, en cuanto meta a Scotty en la cama vendré a buscarte y tomaremos un chocolate caliente... o una copa, lo que quieras.

Capítulo Dos

Savannah lo vio salir de la habitación con el niño en brazos. Sacudió la cabeza. En ese momento de su vida no podía sentirse atraída por un hombre. Despúes de lo que acababa de pasarle no estaba dispuesta a arriesgarse. Por atractivo que fuese Mike Calhoun.

Dejando el bolso sobre la cama, envió un mensaje de texto a su madre para decirle que estaba bien. Luego se puso unos vaqueros secos, un jersey azul y las botas de ante hasta la rodilla. Se deshizo la trenza para cepillarse el pelo mojado.

Mike se dirigía a la habitación de Savannah pero, sorprendido, se detuvo. Una mujer alta y rubia se acercaba. Se había cepillado el pelo y le caía, liso y brillante, por los hombros. El jersey ancho había sido reemplazado por uno de color azul que revelaba unas curvas inesperadas. Los vaqueros se ajustaban a sus esbeltas piernas...

El corazón se le aceleró y, de nuevo, esa reacción lo sorprendió. Le había pasado dos veces en media hora; algo que no había sentido en muchos años.

–¿Cómo está Scotty?

Su sonrisa hacía que se le encogiera el estómago. Tenía unos labios generosos, rosados, y unos dientes perfectos

–Dormido –respondió Mike–. ¿Quieres cenar? Hay muchas cosas en la nevera, puedes elegir lo que quieras.

–Ya he cenado, pero me gustaría tomar algo caliente. Un café, por ejemplo.

–¿Qué tal chocolate y palomitas? O si quieres algo más fuerte, tenemos todo tipo de bebidas, desde vino a whisky.

Savannah rio.

–Prefiero el chocolate y las palomitas. Es una combinación perfecta para una fría noche de invierno.

–Estoy de acuerdo –dijo Mike, llevándola a la cocina.

Mientras hacía el chocolate y metía las palomitas en el microondas, la veía moverse por la cocina. Su perfume era ligero, discreto, pero invitador. Se dio cuenta de que estaba mirándole los labios, preguntándose cómo sería besarla.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que sintió algo así y aún no estaba preparado. No necesitaban esa complicación ni Scotty ni él. Seguía viviendo con un dolor constante por la muerte de Elise. Savannah solo estaba allí de paso. En cuanto Ed hubiera reparado su coche reanudaría el viaje a California.

Entraron en el cuarto de estar. Mike puso las dos tazas de chocolate sobre una mesa.

–Voy a encender la chimenea –murmuró, echando unos troncos.

En unos minutos estaban sentados en el suelo frente al fuego con las palomitas y el chocolate.

–Háblame de tu vida. ¿Qué haces además de dirigir este enorme rancho?

–Llevo una vida muy sencilla centrada en mi hijo, mi familia, mis amigos, mis caballos. Me gustan los rodeos, esquiar, el béisbol, el tenis, la tarta de manzana. Hay cosas que he dejado de hacer desde que nació Scotty. Ahora tengo otras responsabilidades, así que no soy tan temerario como antes. Nada de montar toros, por ejemplo.

–Me alegro. Eso suena muy peligroso.

–¿Y tú, Savannah? –le preguntó. Estaba sentada frente a él, con las piernas dobladas. La luz de la chimenea le daba un brillo dorado a su piel y, de nuevo, el deseo despertó a la vida. Mike se sentía culpable por desearla... culpable y sorprendido.

–Creo que mi vida es más tranquila que la tuya –empezó a decir Savannah–. Mi mundo se centra en mi familia y mis amigos. Soy enfermera de neonatos, por eso me encantan los niños –se quedó callada un momento–. Lo único que tenemos en común es que nos gusta el tenis. Yo también juego de vez en cuando.

–¿Y vas a California de vacaciones?

–No –respondió ella–. Tengo una tía en California y voy a estar con ella durante un tiempo.

Savannah observaba el fuego de la chimenea mientras Mike la observaba a ella. Era una mujer guapísima y se preguntó de qué estaba huyendo.

–Mi tía dijo que no tendría ningún problema para encontrar trabajo y la verdad es que me gustaría vivir algún tiempo en California. Me encanta la playa, nadar, el sol... así que voy a ver qué tal me va –Savannah se volvió para mirarlo–. Nunca he estado lejos de casa, salvo los años de universidad, estudié en Arkansas. Somos una familia muy unida, así que esto es una especie de experimento.

Mike asintió con la cabeza, pero no podía engañarlo. Intentaba disimular, pero no parecía contenta.

–¿Cuántos años tienen tus hermanos?

–Dan tiene treinta y dos, Phillip treinta, Kelsey veintiocho y yo veintiséis. Todos están casados.

–Siempre puedes volver a casa si no te gusta California.

–Ese es el plan. Bueno, háblame de tu familia.

–Nosotros también somos una familia unida. Yo soy el mayor, tengo treinta y cinco años y luego está Jake, que se casó con Madison Milan el otoño pasado.

–¿Madison Milan, la artista?

–¿Has oído hablar de ella en Arkansas?

–Sí, claro. ¿Es de Texas?

–Sí. Josh es el siguiente y luego está nuestra hermana pequeña, Lindsay, que tiene un rancho cerca de aquí. Yo soy el único que tiene hijos y ya te

he dicho que soy viudo. Elise murió de cáncer cuando Scotty tenía un año.

–Qué horror, lo siento mucho.

–La mayoría de mi familia vive en esta zona –dijo Mike mirando al patio–. Mañana todo estará helado. Muchos postes de la luz se habrán caído, aunque los nuestros están bajo tierra y tenemos generadores. Mira cómo cae –murmuró, levantándose para acercarse a la puerta de cristal–. Menos mal que no tienes una fecha concreta para llegar a California. No sé cuánto va a durar esta tormenta de nieve.

–Me alegro mucho de estar en tu casa –dijo Savannah, colocándose a su lado.

–Tengo la impresión de que ya nadie podría cruzar el puente. ¿Llevabas comida o mantas en el coche?

–Llevaba una manta en el capó, pero para comer solo llevaba unos caramelos. No puedo dejar de pensar en lo cerca que he estado de quedarme tirada en la carretera. Si no hubiera sido por ti...

–Pero estás aquí, calentita y a salvo.

Savannah levantó la mirada. El brillo de sus ojos azules hacía que sintiera escalofríos y su boca era tentadora. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que tuvo a una mujer entre sus brazos. Sin darse cuenta, Mike se inclinó un poco y ella cerró los ojos.

–Savannah –susurró.

–Mike –dijo ella al mismo tiempo, sacudiendo la cabeza.

Fue Savannah quien dio un paso atrás. El corazón le latía con fuerza, pero se debatía entre el deseo y el sentido común. Sorprendida por esa reacción, decidió que debía ser la tormenta, la aventura en el puente...

Suspirando, se alejó para mirar una fotografía en la repisa de la chimenea. Era Mike con una mujer muy guapa de pelo negro que debía de ser Elise. Había fotografías suyas por todas partes.

Él tomó su taza de chocolate y la siguió.

–¿De qué intentas escapar, Savannah? –le preguntó en voz baja–. ¿Puedo ayudarte?

Sorprendida de nuevo, ella lo miró a los ojos.

–¿Cómo lo has sabido?

Mike se encogió de hombros.

–No deberías mentir, se te nota enseguida. Pero no tienes que contarme nada. En unos días te irás y seguramente no volveremos a vernos. Solo te lo pregunto por si puedo ayudarte de alguna forma.

–No me gusta hablar de ello –Savannah suspiró, sentándose en la alfombra–. Estuve comprometida, íbamos a casarnos en julio y estaba ocupada organizando la boda cuando todo se derrumbó. Aunque fui yo quien rompió el compromiso, en realidad él no quería casarse. Nos conocíamos desde siempre, no me di cuenta. Cometí tantos errores... –Savannah sacudió la cabeza, mirando la chimenea.

–No te enfades contigo misma. Las relaciones son complicadas –dijo Mike, sentándose a su lado.

–Eres muy comprensivo. Scotty es afortunado por tener un padre como tú.

–No, yo soy el afortunado. Scotty es lo mejor de mi vida.

Se quedaron callados un momento. Savannah observó los troncos chisporroteando en la chimenea antes de volverse de nuevo hacia él.

–Este va a ser un viaje más largo de lo que yo esperaba. Tal vez debería haber dejado el coche en Arkansas y haber ido en avión.

–Ed arreglará tu coche, no te preocupes.

–¿Siempre eres tan positivo? –le preguntó Savannah, divertida por su optimismo.

–Intento serlo porque no sirve de nada ser negativo. Quiero que Scotty tenga una actitud positiva ante la vida.

–Es un buen objetivo.

Mike sonrió, tomando un sorbo de chocolate.

–¿Entonces te vas a California para poner distancia entre tu exprometido y tú?

Ella asintió con la cabeza.

–Nuestras familias se conocen y nos movíamos en los mismos círculos –murmuró, pensativa–. Solo quiero estar fuera durante unos meses, luego seguramente volveré a Arkansas.

–Lo siento. Sé lo que duele que las cosas te exploten en la cara y más aún perder a alguien a quien quieres.

–Pensé que estaba enamorada. Ha sido una sorpresa y me ha dolido mucho.

–¿Acaba de ocurrir?

Savannah asintió con la cabeza.

–Tal vez debería haberme quedado en casa, pero solo quería alejarme de todo durante un tiempo.

–Lo entiendo.

–Estoy furiosa con él. Ya no quiero casarme, pero me duele porque estaba enamorada. O creía estarlo. Lo que ha pasado hace que cuestione mi buen juicio.

–Todos cometemos errores, es parte de la vida –dijo Mike–. Pero tu familia te echará de menos.

–Le he enviado un mensaje a mi madre para decirle dónde estoy. No quería que se preocupase.

–Siendo enfermera, imagino que tendrás que lidiar con muchas situaciones difíciles.

–Sí, pero también hay momentos maravillosos. Me encantan los niños y cada vez que logramos sacar adelante a algún bebé con problemas es como un milagro.

–Me imagino –dijo Mike.

Se quedaron en silencio durante unos minutos, mirando la chimenea.

–¿Seguro que no quieres cenar nada? Hay de todo en la nevera. Además, no me importa cocinar.

–No tengo hambre, pero me encantaría tomar más chocolate.

Cuando se levantaron para ir a la cocina se fue la luz de repente.

–Tenemos generadores, pero puede que vuelva en unos minutos –dijo él, tomándola del brazo.

El contacto físico la inquietó. En la oscuridad, su cálida y fuerte mano le parecía un salvavidas y su voz ronca la envolvía como una caricia.

Mike se detuvo y Savannah notó que había girado la cara hacia ella.

–¿Estás bien?

–Sí, estoy bien –respondió–. ¿Y Scotty?

–Seguirá dormido hasta mañana, pero después de encender el generador subiré a verlo. No te preocupes por él, duerme como un tronco.

–Puedes subir ahora mismo –dijo Savannah.

–No quiero dejarte sola en la oscuridad –replicó él con la voz más ronca que antes–. ¿Te molesta que te haya tomado del brazo?

La lógica decía que solo había sido un gesto caballeroso, pero su reacción no parecía tan lógica. El contacto, su proximidad, la oscuridad que los rodeaba transformaban el momento. La falta de luz hacía que olvidase que eran dos extraños.

–No me ha molestado, pero no necesito otra complicación en mi vida.

–Estás siendo sensata –dijo él, después de unos segundos en silencio.

–Tengo que serlo. No necesito otra crisis ahora mismo.

El silencio se alargó hasta que volvió la luz.

–Vamos –dijo Mike–. Podemos ver una comedia o charlar un rato.

Su tono parecía normal de nuevo y Savannah se sintió aliviada. No entendía por qué un mero roce la había turbado tanto.

–Sube a ver cómo está Scotty mientras yo voy a la cocina –sugirió, tomando las tazas y el cuenco.

Mike asintió con la cabeza y Savannah lo vio subir por la escalera. Alto, con ese pelo oscuro y esos hombros tan anchos era un hombre muy atractivo, pero no entendía que pudiera sentirse atraída por él en sus circunstancias.

No quería volver a arriesgar su corazón. No confiaba en su buen juicio en lo que se refería a los hombres porque le había fallado por completo con Kirk. Dejar atrás su casa y a su familia había sido estresante y le esperaba un futuro incierto, solitario y difícil.

Perdida en sus pensamientos, calentó el chocolate antes de servirlo en las tazas.

Mike volvió unos minutos después y el deseo apareció de nuevo; indeseado.No ayudaba nada que Mike fuese tan viril.

–Scotty está dormido.

–Qué bien –Savannah le ofreció una taza y se volvió para señalar la fotografía de una mujer morena–. ¿Tu mujer?

–Sí –respondió Mike, apretando los labios–. Elise.

–Era preciosa. He visto otras fotografías por la casa.

Tener fotografías suyas por la casa hará que Scotty no la olvide –dijo Savannah, apretándole el brazo–. Scotty se parece mucho a ti, ¿no?

–La gente dice eso, pero ahora mismo yo solo veo el parecido en el pelo y los ojos.

Volvieron al cuarto de estar y se sentaron frente a la chimenea.

–¿Cómo conociste a Elise?

–En la universidad. En una clase de historia. En cuanto terminamos la carrera nos casamos y vinimos a vivir al rancho. Scotty nació dos años después y un año más tarde le diagnosticaron cáncer de mama –Mike miraba el fuego, pensativo–. Bueno, háblame de tu vida.

Savannah sonrió.
–Empecé a salir con Kirk en la universidad, aunque lo conocía de toda la vida, y nos prometimos la primavera pasada. Pensábamos casarnos en el mes de julio.
–Un compromiso largo.
–Sí, pero no hablamos de las cosas de las que deberíamos haber hablado. Aunque nos conocíamos desde siempre, nunca hablamos de tener hijos, por ejemplo.
–¿Eres enfermera de neonatos y no hablaste de eso?
–No solía hablar de los niños del hospital porque todos tienen problemas de salud y es un tema muy doloroso, pero debería haberle preguntado si quería formar una familia –Savannah suspiró–. No hablamos de ello hasta la ruptura. Entonces descubrí que no quería tener hijos. Al menos durante los primeros quince años, mientras era joven y estaba levantando su negocio.
–Menuda sorpresa. Yo creo que debería habértelo dicho antes.
Ella asintió con la cabeza.
–No quiero saber nada de Kirk y prefiero marcharme a California durante un tiempo. Si no funciona, volveré a Arkansas.
–Echarás de menos a tu familia. Yo echaría de menos a la mía si no estuviéramos cerca –dijo Mike–. Si tienes que quedarte unos días aquí seguramente los conocerás. Nos vemos a menudo.
–Con un poco de suerte, Ed arreglará mi coche y podré seguir adelante –Savannah tomó un sorbo de chocolate–. Bueno, háblame de los rodeos en los que participabas.
–¿Has estado en un rodeo alguna vez?
–Sí –respondió ella–. Arkansas no está lejos de Texas... en todos los sentidos.
Mike se quitó las botas y cruzó sus largas piernas por los tobillos mientras seguían charlando de unos temas y otros.
–¿No te sientes solo aquí? –le preguntó Savannah.
Él esbozó una sonrisa.
–No estoy exactamente solo.
–Lo sé, tienes a Scotty.
–Y muchos empleados con los que tengo buena relación. Algunos llevan toda la vida con mi familia, así que nos conocemos desde siempre. Ray es uno de ellos. También tengo una cocinera, una niñera, una persona que se encarga de limpiar la casa...
–¿Dónde están?
–Hoy es sábado y tienen los fines de semana libres.
–Ah, claro.
–Veo a mis hermanos a menudo –siguió Mike–. Cuando era soltero solía ir a Dallas con los amigos, pero desde que nació Scotty mi vida ha cambiado. Y cambiará otra vez, siempre es así.
–Me alegro de que no te sientas solo.
–La verdad es que desde que perdí a Elise, a veces sí me siento un poco solo, pero esto es lo que hay.
–¿Qué sueles hacer durante el día?

–Me levanto al amanecer y voy a trabajar con los peones hasta la tarde. Tengo un contable que se encarga de las cuentas del rancho, así que por la noche juego con Scotty hasta que se acuesta. Luego leo un rato o hago ejercicio... tengo un gimnasio aquí.

–¿Ah, sí? Qué suerte.

Mike era tan buena compañía que perdió la noción del tiempo. Se estaba muy calentito allí y se sentía afortunada por haberlo encontrado. Estirándose, miró su reloj.

–Es más de la una. Se me ha pasado el tiempo volando.

Mike se levantó.

–Sí, es tarde.

–La chimenea está a punto de apagarse... y mira cómo nieva –Savannah se acercó a la puerta de cristal para mirar el patio cubierto de nieve.

–Nieve encima del hielo y esa no es una buena combinación. Imagino que todo estará cerrado mañana, depende de la temperatura. Puede que tengas que esperar más de lo que creías para que Ed arregle tu coche –dijo Mike mientras iban a la habitación–. Pero puedes quedarte aquí el tiempo que haga falta.

–Gracias.

–Si quieres algo, esa puerta al final del pasillo es mi habitación. No vaciles en llamar si me necesitas.

Savannah se volvió para mirarlo. Solo estaba a unos centímetros de ella y su proximidad hizo que contuviese el aliento.

–Gracias por todo. Has sido mi caballero andante.

–Me alegro. No sé si la cocinera y los demás podrán cruzar el puente mañana, pero me temo que no, y los peones necesitarán ayuda mañana a primera hora. Tendremos que dar de comer al ganado y romper el hielo para que puedan beber. Scotty se despierta en cuanto sale el sol.

–Si no le importa estar conmigo aunque apenas me conozca yo puedo cuidar de él y hacerle el desayuno. Tú haz lo que tengas que hacer –dijo Savannah, mirando a los ojos a Mike, oscuros y con largas pestañas–. Siento que no hayas podido hacer ejercicio esta noche...

–No importa. El gimnasio está en el piso de abajo, puedes usarlo si quieres.

–No creo, pero si el tiempo lo permite tal vez mañana iré a dar un paseo.

Mike puso las manos a ambos lados de la puerta y se inclinó hacia ella.

–Estaremos juntos el fin de semana y luego nos despediremos y no volveremos a vernos. Ninguno de los dos tiene interés en complicarse la vida, pero debo admitir que quiero besarte. Créeme, no había sentido algo así desde que perdí a Elise –Mike se inclinó un poco más–. No vamos a tener complicaciones por un simple beso.

–¿Por qué tengo la impresión de que un beso tuyo no sería inofensivo? –susurró ella, intentando respirar.

Cuando se miraron a los ojos, su oscura mirada la dejó paralizada.

–Savannah, vamos a besarnos tarde o temprano –dijo Mike, tomándola por la cintura.

Ella puso las manos sobre su torso, dispuesta a protestar, aunque quería

besarlo con toda su alma. No podía pensar si debía hacerlo; sencillamente, era imposible apartarse. Cerrando los ojos, dejó que Mike se apoderase de sus labios. La besaba con ansia, dejándola sin aliento, y el beso borró todas sus preocupaciones.

Ella le devolvía el beso apasionadamente, disfrutando al sentirse deseada. El roce de su barba, la fuerza de sus manos, su cálido aliento, todo se unía para aumentar el placer. El mundo pareció detenerse. No sabía cuánto tiempo habían estado besándose, pero no era suficiente.

Por fin, él se apartó.

–Parece que hemos perdido la cabeza –susurró Savannah, respirando agitadamente–. Pero esto no puede ser.

–Savannah... –empezó a decir él, con voz ronca–. No podemos volver atrás.

–Tenemos que hacerlo. No hay sitio en mi vida para ti y no hay sitio en la tuya para mí.

–Un beso no es un compromiso de por vida –dijo él, casi como si estuviera recordándoselo a sí mismo–. Solo ha sido un beso, Savannah. Un beso cálido en una noche fría es incluso mejor que el chocolate caliente.

Intentaba bromear para aliviar la tensión, pero era imposible. Ese beso había complicado su estancia en el rancho.

–No vamos a enamorarnos, te lo prometo.

–No puedes prometer eso, nadie puede hacerlo –dijo Savannah–. Los dos hemos sufrido y, por eso, somos vulnerables. Yo no necesito cometer otro error –añadió, pensando que debía proteger su corazón porque Mike estaba advirtiéndole que no debía enamorarse de él.

–Yo no estoy preparado para nada serio y tú tampoco. Somos dos extraños que van a estar juntos un par de días y después no volveremos a vernos. Culpa a la tormenta y a dos personas vulnerables. Solo ha sido un beso para ayudarnos a superar una noche complicada.

Aliviada, Savannah sacudió la cabeza.

–Menuda frasecita.

Algo brilló en los ojos oscuros.

–A mí me ha sonado bien.

–Bueno, tal vez pone las cosas en perspectiva.

–Yo creo que eso lo has hecho tú.

–Olvidemos el beso. Buenas noches, Mike. Nos veremos por la mañana. Yo me encargaré de Scotty mientras tú estás fuera.

Savannah entró en la habitación y cerró la puerta, dejando escapar un suspiro de alivio. Por unos minutos, Mike la había hecho olvidar su compromiso roto y todo lo demás. Había bromeado sobre el beso, intentando quitarle importancia, pero había sido sexy, espectacular, totalmente perturbador y apasionado.

Había cometido un error colosal con Kirk, un hombre al que conocía desde siempre y que, sin embargo, había sido capaz de engañarla. Y Mike no sabía lo más importante sobre ella.

Frunciendo el ceño, se llevó una mano al abdomen, pensando en el hijo que esperaba.

Capítulo Tres

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que besó a una mujer que no fuera Elise. Casi dos años. Era natural que el beso de Savannah lo hubiese perturbado. Pero con el beso había llegado el sentimiento de culpa, la sensación de estar traicionando el recuerdo de Elise y, sobre todo, un terrible anhelo por el amor de su vida.

Entró en la habitación de Scotty y miró a su hijo dormido, sintiéndose abrumado de amor. Le gustaría que Elise pudiera estar allí para mirar a su hijo...

–Scotty es maravilloso, Elise...

La echaba tanto de menos. Desearía que estuviera allí con ellos y no haber besado a Savannah.

Los ojos se le empañaron y tuvo que parpadear para contener las lágrimas. Salió de la habitación, dejando la puerta entreabierta.

A pesar del sentimiento de culpa lo había pasado bien con ella. Se sentía cómodo con Savannah, algo que no le había pasado en mucho tiempo.

La luz del sol que entraba por los cristales del balcón despertó a Savannah, que saltó de la cama, sorprendida de haber dormido tanto. Después de ducharse, se puso un pantalón vaquero, una camisa roja y unos mocasines y bajó a la cocina. Solía tener náuseas matinales y rezaba para que no le ocurriese esa mañana. Tenía hambre, pero en cuanto le llegó el olor a café se le encogió el estómago.

Mike estaba sentado a la mesa con Scotty en una trona.

–Buenos días –la saludó, con una sonrisa en los labios.

Ella se la devolvió, nerviosa. Qué guapo estaba con la camisa azul marino y las mangas subidas hasta el codo.

–Buenos días, Scotty. ¿Cómo estás?

–Tengo hambre –respondió el niño.

Riendo, ella se volvió hacia Mike.

–Pensé que tenías cosas que hacer esta mañana.

–Ya he hecho lo que tenía que hacer mientras Scotty dormía, pero tengo que volver con los peones después de desayunar. Si no te importa quedarte con mi hijo...

–Claro que no. Si a él no le importa, claro.

–Te vas a quedar con Savannah, ¿verdad?

–Sí, señor –Scotty sonrió y Savannah lo hizo también.

–¿Has visto la nieve?

–Sí, señora –respondió el niño amablemente–. Esta tarde papá me ayudará a hacer un muñeco.

–Un pequeño soborno –dijo Mike–. ¿Qué quieres desayunar, Savannah? Tenemos huevos, beicon, zumo de naranja, café, bollos recién hechos, cereales, mermelada, melocotones secos...

–Para, por favor –lo interrumpió ella, riendo–. Son demasiadas cosas. Solo quiero cereales y un vaso de leche. Además, puedo hacerme el desayuno yo solita. Tú atiende a Scotty.

Mike sacó un cuenco y le sirvió leche en un vaso.

–Dime cuándo.

–Cuándo –dijo ella cuando el vaso estaba a medias.

En unos minutos terminó de desayunar y se sentó al lado de Scotty, frente a Mike.

–Por favor, sigue con tu rutina diaria.

–¿Nos ayudarás a hacer el muñeco de nieve, Savannah? –le preguntó el niño.

–Sí, claro que sí. Me encantaría.

Mike se levantó para poner sobre la mesa un plato de huevos revueltos.

–Espero que estén calientes.

–No, gracias. No quiero comer nada más –Savannah tomó un trago de leche–. ¿Sabes si ha nevado toda la noche?

–Ray me ha dicho que hemos batido un récord, hay casi treinta centímetros de nieve.

–Vaya, lo siento. Soy la invitada que vino para una noche y se quedó una semana. Treinta centímetros de nieve... no podré ir a la gasolinera hasta que limpien las carreteras.

–Nosotros estamos encantados de tenerte aquí, así que relájate. En realidad, está bien romper la rutina del invierno.

–Gracias –Savannah intentó comer cereales, pero después de un par de cucharadas tuvo que dejarlo porque su estómago había empezado a protestar–. Tengo una bufanda que podemos ponerle al muñeco de nieve. ¿Qué te parece, Scotty?

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Mike–. Estás muy pálida.

Sintiéndose peor por segundos, Savannah se levantó.

–¿Dónde está el baño más próximo?

Mike se levantó de inmediato para tomarla del brazo.

–Volveremos enseguida, Scotty –dijo, antes de sacarla de la cocina.

–Gracias.

En cuanto la puerta del baño se cerró tras ella, Savannah tuvo que vomitar el desayuno. Luego se lavó la cara y las manos con agua fría y esperó a que el estómago se le asentara un poco antes de salir. Mike estaba apoyado en la pared, de brazos cruzados.

–¿Estás mejor?

–Sí, estoy mejor.

–¿Necesitas un médico?

–No, ya he ido al médico. No te preocupes, no es contagioso.

–Ya lo imaginaba.

–Será mejor que vuelvas con Scotty. Está en la trona.

–Scotty sabe bajar y subir de la trona solito, no te preocupes. Venga, será mejor que te sientes.

–Sí, es verdad.

Fueron al cuarto de estar y Scotty se sentó en el suelo para jugar con un ordenador portátil.

–¿Seguro que solo tiene tres años? Está jugando con un ordenador –bromeó Savannah.

–Yo le he enseñado a usarlo. Aprende rápido y hay varios juegos que le encantan –dijo él, mirándola fijamente–. ¿Necesitas algo?

–No, gracias. Ya me siento mejor.

–¿Cuándo nacerá tu hijo? ¿O prefieres no hablar de ello?

Sorprendida, Savannah levantó la mirada.

–No sabía que el embarazo fuese tan evidente.

–No lo es, pero Elise también tenía náuseas por las mañanas. Reconozco los síntomas.

–Me alegro de haberte encontrado ayer, porque me salvaste la vida, pero que te salve un vidente es un poco desconcertante.

–No soy vidente, solo observador. Imagino que el embarazo es la razón por la que te fuiste de Little Rock.

–Puede que no seas vidente, pero eres muy astuto –dijo Savannah.

Su reacción ante el embarazo era un alivio. Si se hubiera mostrado sorprendido o preocupado por tener en casa una mujer embarazada se habría sentido incómoda.

Aún le dolía recordar su última conversación con Kirk y cómo la había mirado cuando le anunció que estaba embarazada.

«Líbrate del bebé», le había dicho. Y esas palabras habían sido como una puñalada en el corazón. Le había dolido, pero ese rechazo hizo que se sintiera aún más protectora con su hijo.

–Tu exprometido no quería tener hijos, ¿verdad? –le preguntó Mike–. No era solo que quisiera esperar por su negocio.

–Kirk no quería hijos, no. Pero yo tengo veintiséis años y no iba a esperar hasta los cuarenta para tener el primero. Kirk no los quería, pero no me lo dijo claramente –Savannah suspiró–. No quería este hijo en absoluto. Le daba igual lo que hiciera, pero no quería saber nada de él.

–No lo entiendo. Scotty es toda mi vida y le quiero con todo mi corazón –dijo Mike con una nota de ternura en la voz mientras miraba al niño.

–Eso es lo que yo esperaba, pero no fue así.

–Lo siento, pero en realidad es una suerte que lo descubrieses antes de casarte. Ese hombre no quería a su hijo y, además, te perdió a ti. Creo que cometió el mayor error de su vida.

–Él no lo veía así. Creo que cuando descubrió que estaba embarazada decidió librarse de mí. Incluso me ha dado la patria potestad porque no quiere saber nada del bebé. Y yo no quiero nada de él.

–Yo diría que estás mucho mejor sin ese imbécil.

–No lo echo de menos, desde luego. Y si lo hiciera, solo tengo que recordar las cosas que dijo sobre el bebé.

–¿Cuándo nacerá?

–Solo estoy embarazada de dos meses. El ginecólogo me dijo que en octubre –Savannah sacudió la cabeza–. Lo que me duele es no haber visto antes cómo era Kirk, un hombre con el que pensaba casarme y pasar el

resto de mi vida. Lo conozco desde que teníamos ocho o nueve años y no sabía quién era. Eso me da miedo.

–Pero supongo que has aprendido de la experiencia.

–Sí, pero he perdido la confianza en mí misma y temo volver a enamorarme.

–Imagino que la próxima vez intentarás conocer mejor a la otra persona –Mike se levantó–. Bueno, voy a meter los platos en el lavavajillas y luego tengo que irme con los peones. Cuando vuelva haremos el muñeco de nieve, ¿eh, Scotty?

El niño sonrió antes de volver a concentrarse en el juego.

–¿Cuándo volverás?

–No lo sé, mi capataz dice que tenemos mucha ayuda, pero quiero asegurarme. Ahora mismo están rompiendo el hielo de los pilones y echando balas de paja para el ganado. Tenemos que comprobar que no se ha escapado ningún animal o podría morir de frío por la noche.

–Muy bien, yo me quedaré aquí jugando con Scotty.

Mike metió los platos en el lavavajillas y regresó al cuarto de estar, separado de la cocina por una encimera que hacía las veces de barra de desayuno.

–Volveré en unas horas. Si pasa algo solo tienes que llamarme al móvil. Scotty sabe el número –después de darle un beso a su hijo, Mike salió de la casa.

–¿Quieres que juguemos a algo, Scotty?

–Sí, señora.

–Llámame Savannah, por favor.

Mientras Scotty dibujaba en un cuaderno, ella se acercó a la repisa de la chimenea y tomó una fotografía de Mike con su difunta esposa, sonriéndose el uno al otro. Elise había sido una mujer muy bella y Mike seguía enamorado de ella, pero la noche anterior... tal vez el dolor y la soledad los habían hecho vulnerables.

Savannah suspiró. Daba igual, porque pronto se despedirían, pero sería más cauta en el futuro. No quería sufrir como había sufrido por culpa de Kirk. Si no podía confiar en su buen juicio con los hombres, no debería tener ninguna relación. ¿Cómo podía haber estado tan ciega? A Kirk nunca le habían gustado sus sobrinos. De hecho, parecía detestar a los niños y, sin embargo, no se le había ocurrido preguntarle por su falta de interés.

Suspirando de nuevo, intentó apartar a Kirk de sus pensamientos para jugar con Scotty.

Mike volvió a casa después de la una, sacudiéndose la nieve de las botas antes de entrar en el cuarto de estar.

–Siento haber tardado tanto –dijo a modo de saludo, tomando a Scotty en brazos.

–Lo hemos pasado muy bien. Tu hijo es listísimo.

–Voy a comer algo y luego haremos el muñeco de nieve. Tú no tienes que salir si no quieres.

–Claro que sí, me apetece mucho hacer un muñeco de nieve –dijo

Savannah.

–¿Habéis comido? –le preguntó Mike, dirigiéndose a la cocina.

–Sí, he hecho macarrones con queso para los dos.

–Ah, muy bien. ¿Te apetece jugar con la nieve, Scotty?

El niño se levantó de un salto.

–¡Sí!

–Ponte el anorak y los guantes. Usaremos dos carbones para los ojos y una zanahoria para la nariz. ¿Qué te parece?

–Muy bien –respondió Scotty, corriendo a su habitación.

–¿Vienes con nosotros, Savannah?

–Sí, claro.

–Pues será mejor que te abrigues bien. Hay sol, pero hace mucho frío.

–Scotty está deseando jugar con la nieve. Ah, ser niño de nuevo...

Mike sonrió.

–También hay cosas interesantes en ser adulto –bromeó. El doble sentido hizo que a Savannah le ardiese la cara–. Y, a juzgar por ese rubor, creo que a ti también te gustan.

–Nos vemos fuera –dijo ella, sin aliento.

–Sí, claro.

Tenía que recordar que se despediría de Mike en unos días. Y su corazón seguía siendo de Elise, a quien aún no había olvidado. No estaba preparado para otra relación y ella tampoco.

Suspirando, se puso las botas, un jersey rojo, un gorro, guantes, gafas de sol y corrió escaleras abajo con el anorak en la mano. En el último minuto había tomado el móvil y una bufanda para el muñeco de nieve.

En unos minutos estaban ocupados haciendo dos bolas de nieve, una grande para el cuerpo y otra más pequeña para la cabeza. Por fin, Mike levantó a Scotty para que pusiera los dos carbones como ojos y la zanahoria como nariz. La boca era una cuerdecita que Mike dobló para formar una sonrisa. Luego tomó un viejo sombrero y se lo puso en la cabeza, haciendo reír a Scotty.

Savannah observaba al hombre y al niño sintiendo un pellizco en el corazón porque le recordaban lo que ella no iba a tener y el error que había cometido con Kirk.

Afortunadamente, no estaría mucho tiempo, porque sería muy fácil encariñarse con ellos.

–Toma, Scotty, ponle esto al cuello –le dijo, ofreciéndole una bufanda roja y azul.

En cuanto terminaron, los tres dieron un paso atrás para observar el resultado.

–Os voy a hacer una fotografía a los dos con el muñeco de nieve –dijo Savannah, sacando el móvil del bolsillo–. Muy bien, ahora vamos a hacer un selfie.

Mike le pasó un brazo por los hombros.

–Venga, haz la foto.

–A ver, sonreíd –Savannah pasó el brazo libre por la cintura de Mike–. Una más.

–Buen chico, Scotty –dijo Mike, dándole un beso en la mejilla–. Y buena

chica –añadió, besándola a ella también; un beso juguetón que no debería significar nada. Sin embargo, el corazón le dio un vuelco.

Savannah hizo algunas fotografías más antes de guardarse el móvil en el bolsillo.

Eran casi las cuatro cuando volvieron a entrar en la casa.

–Creo que a todos nos vendría bien comer algo –dijo Mike–. Voy a cortar unas manzanas.

–Yo lo haré –se ofreció Savannah, entrando en la cocina y tomando tres manzanas del frutero.

Scotty jugó un rato con su ordenador, pero luego, bostezando, se tumbó en la alfombra frente a la chimenea y se quedó dormido. Mike lo tomó en brazos para llevarlo a su habitación y Savannah se quedó sentada en la alfombra, mirando las fotografías que había hecho en la nieve.

Mike volvió unos minutos después y se sentó a su lado.

–Scotty es adorable. Espero que mi hijo sea tan bueno como él.

–Es un buen niño, sí. Lo pasamos bien juntos y es mi salvación sin Elise.

–Ya imagino. Tu corazón sigue siendo de Elise y tus recuerdos también. No estás al alcance de nadie, así que tendré cuidado de no enamorarme de ti.

–¿En serio? –Mike sonrió, sorprendido–. Es la primera vez que una mujer me dice algo así.

–Como he dicho: sois encantadores, pero no estáis a mi alcance. Es como intentar tocar una estrella. Pero en fin... lo he pasado bien. Menudo muñeco de nieve.

Mike miró por la ventana.

–He recibido un mensaje de Ray. Dice que esta noche habrá tormenta otra vez –murmuró, levantándose para echar otro tronco al fuego.

–Oh, no.

–Puedes quedarte aquí el tiempo que haga falta, Savannah. No tienes que llegar a California un día determinado, ¿no?

–No, la verdad es que no. Le he enviado un mensaje a mi tía para decirle que no puedo retomar el viaje por el momento.

–Dile que deje de enviarnos mal tiempo –bromeó Mike–. ¿Quieres que veamos una película? O tal vez podríamos jugar a algo.

–Prefiero descansar un rato. Después de hacer esas enormes bolas de nieve estoy un poco cansada. Si tienes cosas que hacer, adelante. No te preocupes por mí.

–No tengo nada urgente que hacer... –Mike no pudo terminar la frase porque en ese momento llamaron a la puerta–. Debe de ser Ray. Espera, vuelvo enseguida.

Savannah se levantó al escuchar una voz femenina. Mike entró de nuevo en la habitación con una rubia alta y, por un momento, se preguntó si sería su novia.

–Tenemos compañía. Te presento a mi hermana, Lindsay. Lindsay, te presento a Savannah Grayson. Mientras se saludaban, Savannah vio el parecido entre los dos.

–He venido porque pensé que mi hermano y Scotty estarían aburridísimos y sin ayuda porque la señora Lewis está fuera.

–Deberías haberme enviado un mensaje y te lo habría contado, pero ya que estás aquí me alegro de que conozcas a Savannah. Su coche se averió en la carretera y hemos tenido que dejarlo en la gasolinera de Ed.

–Ah, vaya. Pues no creo que Ed abra la gasolinera hasta que las carreteras estén limpias de nieve.

–Pero si tú has venido hasta aquí, eso significa que las carreteras están limpias –dijo Savannah.

Mike y Lindsay sonrieron.

–No, no lo están. Yo he venido a caballo por el campo. Salí de casa hace casi dos horas.

–¿Dos horas a caballo y con esta nieve? Debes ser una amazona muy experta.

–El campo está precioso y pensé que Mike estaría solo. De haber sabido que tenía compañía...

–¿Has visto el muñeco de nieve?

–Sí, muy mono. Seguro que Scotty lo ha pasado bien haciéndolo. Quiero algo caliente, café o chocolate, lo que haya. ¿Tienes galletas?

–Sí, claro. Siéntate un rato con Savannah. ¿Tú quieres galletas?

–No, gracias.

Unos minutos después las dos estaban sentadas frente a la chimenea, charlando sobre la familia Calhoun.

–Si te quedas unos días los conocerás. Durante casi un siglo los Calhoun han tenido problemas con otra familia, los Milan, pero nuestro hermano Jake se ha casado con una Milan, de modo que todos hemos tenido que acostumbrarnos. Y hace unos meses otro Milan se casó con una mujer descendiente de los Calhoun, aunque no creció en la zona.

–Tía Lindsay...

Scotty, con un oso de peluche en la mano, corrió hacia su tía con una sonrisa en los labios.

–Hola, cariño –Lindsay sonrió, tomándolo en brazos.

–¿Has venido a caballo?

–Sí, me ha traído Sergeant.

–¿Has visto nuestro muñeco de nieve?

–Claro que sí. Es el muñeco más feliz que he visto nunca. Me encanta.

Tomaron un café y, media hora después, Lindsay se levantó del sofá.

–Bueno, me voy a casa, que aún me queda un largo camino por delante.

–¿Piensas volver a caballo?

–No, Ray me dijo que lo llamase cuando estuviera a punto de irme. Prefiero atravesar el puente en su camioneta.

–Quédate a dormir aquí –la animó Mike–. Tengo asado para cenar. Además, estarás sola cuando llegues a casa.

–Ya sabes que estoy acostumbrada y se acerca otra tormenta. Es mejor que me vaya ahora –dijo Lindsay–. Encantada de conocerte, Savannah. Me alegro de que mi hermano haya podido ayudarte. Si no volvemos a vernos, cuídate.

–Lo mismo digo –se despidió Savannah, siguiéndola hasta la puerta.

–Me alegro de haberla conocido. Me ha contado la pelea entre los Calhoun y los Milan.

–Bueno, es una pelea legendaria. Aquí hay muchas leyendas, algunas ciertas otras no –entraron en la casa y Mike echó otro tronco al fuego–. La cena estará lista enseguida.

Después de cenar, Savannah lo ayudó a limpiar la cocina, pensando que lo echaría de menos cuando tuviera que marcharse de allí. Una vez en California buscaría un trabajo y eso la ayudaría a curar sus heridas y olvidar el pasado. Y a Mike.

Pero cuando recordó el beso tuvo que preguntarse cuánto tiempo tardaría en olvidarlo.

–Papá, ¿podemos ver La edad de hielo?

–Estamos rodeados de hielo y nieve. ¿No prefieres ver una película con palmeras y playas soleadas?

–No, señor.

Mike se encogió de hombros.

–Tú lo has pedido –dijo, levantándose para tomar la película de la estantería–. Pero vamos a preguntarle a Savannah qué quiere hacer.

Scotty la miró con sus ojazos castaños.

–Me encantaría ver La edad de hielo, Scotty. Es una película muy divertida.

–Muy bien, veo que he perdido –dijo Mike, sacudiendo la cabeza.

Durante la película, Mike recibió un mensaje.

–Es Lindsay, ha llegado a casa.

–Menos mal. Con este tiempo, estaba un poco preocupada.

Mientras veían la película, Scotty se sentó en las rodillas de Mike y a Savannah se le encogió el corazón. Aún recordaba las duras palabras de Kirk cuando le anunció su embarazo... y lo que ella quería era aquello, el cariño, la familia.

Cuando miró a Mike de nuevo tuvo que tragar saliva. Deseaba volver a besarlo. Seguramente porque estaba dolida y se sentía un poco sola. ¿O habría sentido lo mismo de no estar en sus circunstancias? En aquel momento, Mike le parecía tan deseable que apenas podía respirar.

Cuando la película terminó, Mike anunció que era hora de irse a la cama.

–Llámame cuando te hayas puesto el pijama y subiré a leerte un cuento –se ofreció Savannah mientras Mike se cargaba a Scotty a hombros para llevarlo a la habitación.

–Sí, señora –Scotty rio, enredando los dedos en el pelo de su padre.

Diez minutos después, Savannah subió a la habitación y sentó al niño sobre sus rodillas.

Mientras ella leía, Scotty jugaba con su pelo distraídamente y Mike los miraba desde un sillón. En cuanto terminó de leer el cuento, Scotty buscó otro.

–¿Quieres leerme este? Es otro de mis favoritos.

–Ya te ha leído uno –le advirtió Mike.

–No me importa –dijo Savannah. Y Scotty la recompensó con una sonrisa.

Mientras leía, el niño seguía jugando con su pelo, enredándolo en sus deditos, y cuando terminó Scotty buscó otro cuento.

–¿Puedes leerme este?

–No, ya es suficiente –lo reprendió Mike.

–No me importa, estos cuentos son divertidos –dijo Savannah. Y, de nuevo, el niño sonrió.

–El último –le advirtió su padre–. Se hace tarde y ha sido un día muy largo.

Cuando Savannah terminó de leer Scotty tenía los ojos cerrados.

–Gracias –murmuró, medio dormido.

–Dale las buenas noches a Savannah –dijo Mike.

–Buenas noches –se despidió Scotty, echándole los brazos al cuello.

–Buenas noches –dijo ella, dándole un beso en la mejilla–. Hoy lo he pasado muy bien.

Mike tomó al niño en brazos para meterlo en la cama, rozándola sin querer al hacerlo. Savannah notó el aroma de su loción de afeitado y vio su rostro a unos centímetros del suyo.

En silencio, lo observó arropando al niño y dándole un beso en la frente. Le apenaba que hubiera perdido a su madre y Mike a su esposa... eso hacía que sus problemas pareciesen más pequeños, menos importantes.

Esperaba que la tormenta pasara pronto para poder seguir adelante con su vida e irse a California porque la atracción que sentía por Mike Calhoun crecía con cada minuto que pasaba a su lado.

Mike salió de la habitación y le hizo un gesto para que lo siguiera.

–Podemos ver una película o charlar un rato. O podemos jugar al tenis si quieres. Tengo una pista de tenis en el sótano.

Savannah sonrió.

–Qué es lo que no tienes.

–Estoy bien equipado –dijo él, dándole doble intención a sus palabras.

–Te creo, pero no creo que sea buena idea seguir hablando del asunto –dijo ella riendo.

Mike la miró fijamente.

–Me alegro de tenerte aquí. Le das alegría a la casa.

–Como no tienes más remedio que soportarme durante unos días, me alegro de no ser una carga.

–No lo eres en absoluto.

–Sé que el niño te hace mucha compañía, pero ¿no te sientes solo aquí?

–Ray y los chicos están aquí al lado. Cuando la señora Lewis está en casa puedo ir a jugar al póquer con los peones. O al corral para montar algún caballo que aún no está entrenado del todo. Incluso tenemos un viejo toro. Pero después de eso me gusta venir aquí para tener paz y tranquilidad. Leo, hago ejercicio, llevo mis cuentas personales. Siempre tengo cosas que hacer, así que no me aburro.

–Me sorprende que no venga ninguna mujer a visitarte.

–Lo han hecho alguna vez, pero yo no suelo hacer nada sin Scotty y eso parece desanimarlas.

–Me sorprende. Tu hijo es adorable.

–A ti te gustan los niños, pero no todo el mundo siente tanto entusiasmo por uno de tres años.

–Lo sé. Lo descubrí cuando le dije a Kirk que estaba embarazada. Jamás

esperé esa reacción, la verdad.

–Si un hombre tratase así a mi hermana...

–Nunca había conocido a nadie que no quisiera tener hijos.

–Se te dan tan bien los niños. A Scotty le caes muy bien.

–Es muy pequeño, seguro que le cae bien todo el mundo.

–No, de eso nada. Cuando era más pequeño venían algunas mujeres y a él no le gustaban o viceversa. Por supuesto, esas mujeres no volvieron por aquí –dijo Mike–. Si quieres jugar al tenis, será mejor que te pongas unas zapatillas. Yo voy a quitarme las botas.

–¿Nos vemos en el pasillo?

–Muy bien.

Savannah fue a su habitación a ponerse una camiseta, un pantalón corto y zapatillas. Cuando salió, Mike estaba en el pasillo y la miró de arriba abajo.

En el sótano había un gimnasio bien equipado y una habitación con una enorme pantalla de cine.

–¡No te falta de nada! Tienes hasta un cine.

–Ya te he dicho que estoy bien equipado –bromeó Mike, abriendo una puerta de cristal.

Savannah miró alrededor, asombrada.

–Es la primera vez que veo una pista de tenis dentro de una casa.

–Cuántas experiencias nuevas. Podríamos probar algo más ya que estamos aquí... –dijo él, acercándose un poco más.

–Mike, deja de flirtear –lo reprendió ella–. Ya he tenido suficientes primeras experiencias. Mi primera vez en Texas, el primer beso de un vaquero, la primera vez que me alojo en un rancho. En fin, creo que ya es suficiente.

–Yo podría ofrecerte algo más interesante. Volveremos a tu lista más tarde.

–No, mejor vamos a concentrarnos en el tenis.

Jugaron durante una hora. Savannah tenía la impresión de que la dejaba ganar a propósito, pero lo pasó bien. Le gustaba moverse y sentirse activa.

–Vamos a tomar un refresco –sugirió Mike cuando terminaron el partido.

De vuelta en el cuarto de estar, echó un par de troncos en la chimenea y se quitaron las zapatillas para sentarse en el suelo para escuchar música mientras charlaban.

Cuando sonó la última canción, Mike le quitó el vaso de la mano y lo dejó en la mesa.

–Vamos a bailar.

–¿Qué?

Mike era un buen bailarín. Le gustaba cómo se movía, sus ojos oscuros clavados en ella.

–Está nevando –dijo Savannah tontamente.

–Lo mejor de esta nevada es que tendrás que quedarte aquí unos días. Scotty y yo estaremos encantados.

Savannah sonrió.

–Eres muy amable, pero no era mi intención instalarme aquí.

–Ya lo sé, pero puedes hacerlo cuando quieras –dijo él, con una voz ronca que la hizo temblar.

Mike dejó de bailar, en sus ojos había un brillo de innegable deseo. Esa mirada oscura hacía que la lógica, el sentido común y su resistencia se derritieran. Deseaba con todas sus fuerzas que la besara.

Capítulo Cuatro

La temperatura corporal de Mike aumentó a medida que el deseo lo consumía. Las rosadas mejillas y los generosos labios eran una tentación. Intentó recordar su amor por Elise... quería resistirse, por Savannah y por él mismo. No estaba enamorado de ella y no lo estaría nunca, de modo que debería controlar esos sentimientos. Cualquier relación entre ellos sería temporal e injusta para ella, porque se sentía vulnerable tras la ruptura con su prometido.

A pesar de saber todo eso, quería abrazarla, besarla. El pelo rubio le caía por los hombros y se imaginó enredando los dedos en él...

Savannah tenía los labios entreabiertos y saber que ella sentía lo mismo lo encendía como nunca. Incapaz de resistirse, le pasó un brazo por la cintura.

–Savannah –la atrajo hacia sí–.No puedo dejar de desearte –le confesó–. En cierto modo, me alegro de que estés en mi casa, entre mis brazos –susurró, inclinándose para apoderarse de su boca.

Sus labios eran increíblemente cálidos, suaves, ardientes. La deseaba de una forma irresistible.

Echándole los brazos al cuello, Savannah se apretó contra él y Mike se dejó llevar por un deseo que no podía contener. Sin dejar de besarla la tomó en brazos para llevarla al sofá y sentarla en sus rodillas.

–Mike, no puedo. No quiero cometer otro error. No estoy lista para tener una aventura y no quiero ninguna otra complicación en mi vida en este momento. Cometí un terrible error con Kirk y no quiero que me vuelva a pasar –susurró, las palabras salían de su boca como si estuviera discutiendo consigo misma–. No estoy preparada y tú tampoco. Eso es solo atracción física. Y tal vez un poco de soledad.

–Tienes razón, pero me gusta sentirme vivo de nuevo, aunque solo sea durante unos minutos. Me necesitas, Savannah, tanto como yo te necesito a ti. Podemos ayudarnos el uno al otro a curar nuestras heridas. Puede que no podamos hacer nada más, pero es un consuelo. El vacío en mi vida es monumental y en este momento tú llenas una parte de ese vacío.

Ella negó con la cabeza.

–No podría soportar más complicaciones. No puedo formar un lazo con nadie en este momento, no puedo –susurró–. Mi cuerpo está cambiando y mi vida está a punto de ponerse patas arriba. Son demasiados cambios. Tú piensas en un par de besos, pero a veces eso puede convertirse en otra cosa.

Savannah saltó de sus rodillas para alejarse de él.

Con el pulso acelerado, Mike la vio intentando recuperar la compostura. Sabiendo que él debería hacer lo mismo, se levantó para acercarse a la

ventana y darle un poco de espacio. Para dárselo a los dos.

La deseaba con todas sus fuerzas, debía reconocerlo. Sabía que, en parte, era porque llevaba mucho tiempo solo, sin el calor de una mujer.

Unos segundos después, Savannah se acercó.

–La nieve es preciosa, pero causa tantos problemas.

–No tienes que llegar a California en una fecha determinada, y nosotros estamos encantados teniéndote aquí. En cierto modo me devuelve a la vida –dijo Mike, volviéndose para mirarla.

–Por favor, no digas esas cosas. Mi vida es un caos ahora mismo. Yo pongo mis emociones en todo lo que hago y no puedo ver una aventura como algo puramente físico –Savannah le puso una mano en el hombro–. Mi exprometido era un hombre frío, tú eres cálido, amable, sexy, atractivo, lo tienes todo. Ahora mismo no tengo defensas. Me han hecho daño y alguien como tú me parece un sueño.

–Savannah...

–No quiero enamorarme y tú tampoco.

–No tienes que explicarme por qué sientes lo que sientes. Ninguno de los dos quiere complicaciones, pero no hay ninguna aventura y apenas nos hemos besado –le recordó Mike, pensando que «apenas» era una palabra que no podía aplicarse a un beso–. ¿Quieres que nos sentemos frente a la chimenea?

–Sí, claro –respondió ella, esbozando una sonrisa que le hizo desear abrazarla de nuevo.

Se había apartado, pero su libido seguía bien despierta. Quería besarla, hacerle el amor, abrazarla durante toda la noche. Suspirando, miró sus facciones, las largas pestañas, los ojos azules, los labios un poco hinchados, el sedoso pelo rubio. Solo con mirarla se quedaba sin aliento.

–¿Mike?

–Perdona, estaba perdido en mis pensamientos –dijo él con voz ronca.

El deseo que sentía por ella amenazaba con hacerle perder el control, pero unos minutos después estaba más calmado, concentrándose en escucharla mientras hablaba de Hot Springs, el sitio en el que había crecido.

Savannah intentaba que la conversación fuera impersonal y evitaba flirtear. Mike parecía relajado, pero el brillo de sus ojos le decía todo lo contrario. De vez en cuando flirteaba, pero los dos hacían lo posible para evitar el peligro.

–Has dicho que Scotty cumple años dentro de unos días.

–El viernes –dijo Mike–. Es demasiado pequeño para organizarle una gran fiesta, porque viviendo en el rancho no tiene amiguitos como otros niños, así que será solo una fiesta familiar. Así conocerás a sus tíos. Los padres de Elise viven en Boston y no podrán venir, pero hablarán con Scotty por Skype.

–Pero faltan muchos días para el viernes. No creo que yo esté aquí para entonces –dijo Savannah.

Mike sonrió.

–¿Tienes prisa?

–No, no quería decir eso.

–Ya lo sé. Además del problema del hielo y la nieve, las temperaturas seguirán siendo bajísimas durante los próximos cuatro días, y tal vez incluso la semana que viene. Tu coche se incendió, así que no sabemos cuánto tardarán en repararlo. Puede que estés aquí incluso después del viernes.

–¿Tú crees?

–Si tiene que hacerlo, estupendo. En realidad, yo espero que estés aquí para su cumpleaños. Debes gustarle mucho o no te habría besado.

–Eso me alegra.

–A mí también –admitió él, recordando lo que había sentido cuando la vio leerle el cuento a Scotty. ¿Pero esa era toda la verdad? Tenía sentimientos mezclados. Mientras le leía el cuento a su hijo, se le había encogido el estómago al recordar a Elise.

Elise debería estar leyéndole cuentos, abrazándolo... y le dolía tanto ver a otra mujer con su hijo. Pero a Scotty le gustaba Savannah, que estaba ganándose su amistad.

Se quedaron callados un momento, escuchando el crepitar de la chimenea, hasta que Mike se volvió hacia ella.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

–Sí, claro.

–¿No quieres estar con tu madre y tu familia cuando nazca el niño? No tendrás un marido, y en California solo tienes a tu tía.

Savannah se quedó callada, mirándolo fijamente.

–¿Qué? –exclamó Mike–. ¿Hay algo que no me hayas contado?

–Parece como si pudieras leerme los pensamientos. La verdad es que la única persona de mi familia que sabe lo del embarazo es mi madre. No se lo he contado a mis hermanos porque son exageradamente protectores y no quiero problemas. Francamente, temía que quisieran darle una paliza a Kirk. Solo quería estar tranquila durante un tiempo antes de contarles que estaba embarazada. Mis hermanos son muy anticuados y podrían exigirle a Kirk que cumpliese con su deber o algo así.

–¿Te casarías con él, Savannah?

Ella hizo una mueca.

–Aunque Kirk estuviese dispuesto a hacerlo, yo ya no quiero saber nada de él.

–¿Tu padre no sabe que estás embarazada?

–No, y se va a llevar un disgusto. Pero me preocupa más la reacción de mis hermanos.

–¿Crees que aparecerán en mi rancho? Podrían confundirme con el tal Kirk y darme una paliza.

Savannah soltó una carcajada.

–No, no te preocupes. Te prometo que estás a salvo. Hasta ayer no eras parte de mi vida y para ellos no existes. Además, cuando sepan de tu existencia te agradecerán que me hayas ayudado. Si vinieran aquí sería para darte las gracias.

–¿Tu exprometido sabe que podría tener que enfrentarse con la ira de los hermanos Grayson?

–Imagino que lo sabe, los conoce bien.

–¿Entonces no lo pillarían por sorpresa?

–No... bueno, la verdad es que no lo había pensado. Seguramente tomará precauciones y se irá de la ciudad durante un tiempo. En cualquier caso, mis hermanos aún no saben nada. Creen que rompí el compromiso porque me eché atrás en el último momento y seguramente esperan que vuelva con él tarde o temprano.

–¿Y no se enfadarán cuando sepan la verdad?

–No lo creo. Además, no tienen por qué saber que el niño es de Kirk.

–Pues permite que me compadezca del desgraciado al que crean el padre.

Savannah rio de nuevo.

–Cuando nazca mi hijo creo que todos lo querrán tanto que se olvidarán del padre. Mi familia está muy unida y me ayudarán a cuidar del bebé, seguro. Además, a mis hermanos les encantan los niños.

–Qué bien.

–Y hablando de niños, ¿cuándo podremos ir a comprar un regalo para Scotty? Preguntó Savannah–. Puede que no tenga coche durante una semana y por aquí no veo ninguna tienda.

–¿Detecto cierto sarcasmo sobre mi rancho?

–En momentos como este un rancho aislado no es tan práctico como debería.

–No tienes que comprarle nada. Si estás aquí el día de su cumpleaños, Scotty estará encantado.

–Si estoy aquí para su cumpleaños me gustaría comprarle un regalo. ¿Tienes intención de ir a Verity para algo?

–Probablemente –dijo Mike–. El tiempo puede cambiar de repente. Te sorprendería, aunque imagino que Little Rock es parecido. En fin, creo que podremos ir a Verity a comprar un regalo para Scotty.

–¿Tienes papeles y vasos de plástico para la fiesta?

–No, pero Elise tenía muchos adornos... a Scotty le gustan las cosas con vaqueros y los personajes de Winnie the Pooh. No sé muy bien lo que tenía, pero hay varias cajas en el ático.

–Las sacaremos mañana y veremos qué se puede usar. Seguro que a Scotty le gustaría decorar la casa... a menos que te entristezca hacerlo.

–No, si a Scotty le gusta a mí también. Él me anima. No puedo estar triste todo el tiempo teniendo un niño de tres años.

–Sí, claro –dijo Savannah, poniéndose los zapatos–. Bueno, es hora de irnos a dormir.

–Sí, es verdad –asintió él, levantándose y pasándole un brazo por los hombros mientras subían por la escalera–. A partir de ahora, las tormentas de nieve me recordarán a ti. Me alegro de haberte encontrado tirada en la carretera.

–Si tú te alegras, no puedes imaginar lo que sentí yo.

–Lo habrías solucionado de alguna forma, pero si viajas en coche en esta época del año deberías llevar algo de comida, agua y mantas por si te quedas tirado en la carretera. En Texas, Nuevo México y Arizona puede pillarte una tormenta en cualquier momento.

–Sí, ya me he dado cuenta.

–Meteré todo eso en tu coche antes de que te vayas.

–Gracias, Mike –dijo Savannah, sintiendo el calor de su mano.

Antes había logrado detener los besos, pero no era capaz de contener el deseo. Lo deseaba, anhelaba sus caricias, quería estar entre sus brazos y hacer el amor.

Savannah intentó pensar en otra cosa, hacer algo para que le doliese menos decirle adiós.

Y tendría que hacerlo tarde o temprano.

Esa noche, mientras le leía un cuento a Scotty, se había dado cuenta de que sería tan difícil para ella decirle adiós al niño como al padre.

Scotty era encantador y lo echaría de menos. Nunca se le habría ocurrido pensar que un niño tan pequeño pudiera meterse en su corazón en tan poco tiempo, pero no quería que padre e hijo le hicieran daño y cada día se encariñaba más con ellos.

Mike se detuvo en la puerta de su habitación, sin apartarle el brazo del hombro.

–Ha sido un día estupendo, Savannah.

–Para mí también. Scotty es un niño tan bueno.

Los dos se quedaron en silencio, mirándose. El corazón de Savannah latía acelerado. Quería besarlo. Solo sería un beso, ¿qué daño podía hacer?

–Gracias otra vez, Mike –susurró, echándole los brazos al cuello.

En cuanto sus labios se rozaron, él la tomó por la cintura, apretándola contra su cuerpo.

Su beso la encendía. El deseo era tan poderoso que se agarró a él mientras la besaba como si no pudiera volver a besarla nunca.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero por fin dio un paso atrás, intentando encontrar oxígeno.

–¿Por qué eres tan atractivo?

–Savannah... –empezó a decir él, con voz ronca.

Ella se apartó cuando iba a tomarla por la cintura.

–Ha sido culpa mía, lo sé. Buenas noches, Mike. Ha sido un día maravilloso –logró decir antes de entrar en la habitación y cerrar la puerta.

No debería haberlo besado, pero el deseo había superado al sentido común.

Se movió por la habitación como en sueños hasta que por fin se metió en la cama, anhelando los brazos de Mike, sus besos, sus caricias.

Tenía que marcharse de allí, aunque tuviese que comprar otro coche. O tomar un avión. La tentación crecía con cada hora que pasaban juntos y podrían hacerse daño sin querer.

Recordándose a sí misma que era lo mejor, por fin se quedó dormida y soñó con Mike entre sus brazos.

El lunes por la mañana, Mike se marchó temprano con los peones, todos a caballo. El día estaba gris, con nieve y viento. Helado, se subió el cuello de la cazadora.

Dejó a algunos de los hombres rompiendo el hielo de los pilones y fue

con Ray al helipuerto, donde otros peones estaban cargando balas de paja de un helicóptero.

–Se han perdido muchas vacas esta noche –comentó Ray–. Están desperdigadas por todo el rancho.

–Buscaremos a las que se hayan perdido con la tormenta y tiraremos la paja donde haga falta. Luego te llamaré para decirte dónde estoy.

–Ha sido una tormenta horrible –Ray levantó la mirada–. Espero que deje de nevar.

–Yo también.

–Ten cuidado, Mike. Es mal tiempo para volar.

–Tendré cuidado, pero hay que buscar al ganado. Nos mantendremos en contacto por si encuentras alguna vaca que no pueda llegar a la comida o al agua –dijo Mike, levantando la voz para hacerse oír sobre el ruido de las aspas y el viento.

Cuando terminaron de cargar las balas de paja, Mike despegó llevándose un par de hombres y buscó por todo el rancho, lanzando comida cuando era necesario. Para ello, debían dejar la compuerta abierta y el interior del helicóptero estaba helado. Y él deseaba terminar y volver a casa, donde se estaba calentito y donde Savannah y Scotty lo esperaban.

Savannah bajó a la cocina. Desde la escalera le llegaba el olor a café y a pan recién hecho y respiró profundamente.

Mike se había ido a trabajar, pero había dejado hecho el desayuno. Sonriendo, tomó un vaso de leche y se sentó a esperar a que Scotty despertase.

Pasó la mañana jugando con el niño, echando de menos a Mike y preguntándose cuándo volvería. Después del almuerzo, se sentó en el suelo del cuarto de estar con el niño, leyéndole un cuento hasta que se quedó dormido.

Iba a entrar en la cocina cuando oyó el motor de la camioneta. Miró por la ventana y vio a Mike dirigiéndose a la casa a toda prisa. Con el ala del sombrero sobre los ojos y las gafas de sol apenas podía verle la cara, pero el pulso se le aceleró de todos modos. Mike entró en la casa, llevando una ráfaga de aire frío con él mientras se quitaba la cazadora y el sombrero.

–Hace un frío terrible, ¿verdad?

–Por fin ha dejado de nevar, pero hace mucho frío. ¿Scotty se ha portado bien? –le preguntó Mike, dejando los guantes y las gafas de sol sobre una consola.

Tenía sombra de barba, la cara roja del frío. Estaba guapísimo y Savannah querría abrazarlo y besarlo.

–Ha sido estupendo, tan adorable como siempre.

–Esta mañana he tenido que trabajar más horas de lo habitual.

–No cambies tu rutina por mí, Scotty y yo estamos bien –Savannah apartó la mirada un momento–. He llamado a la gasolinera, pero no contesta nadie. Supongo que sigue cerrada.

–Con este tiempo, seguro. Y las carreteras también. Bueno, voy a darme una ducha caliente, bajaré enseguida.

Cuando volvió, con un jersey oscuro, vaqueros y botas, tenía un aspecto arrebatador. Era como si no hubiera estado trabajando desde el amanecer y le parecía más atractivo que nunca.

–Scotty, estamos en febrero y pronto será tu cumpleaños. ¿Por qué no vamos a buscar adornos para la fiesta?

–¿Adornos, como en Navidad?

–Sí, aunque ya no es Navidad. Había pensado poner algunos globos y personajes de los que te gustan. Invitaremos a tus tíos y tendremos una tarta de cumpleaños.

–¡Sí! –exclamó dando saltos de alegría–. ¡Una fiesta con tarta!

–Pero tienes que decirme qué clase de tarta quieres.

–¡De chocolate! –gritó el niño, con los ojos brillantes de alegría.

–¿Quieres subir con nosotros, Savannah? –le preguntó Mike.

–Sí, claro.

En el ático había varias estanterías, y Mike sacó unas cajas con etiquetas escritas a mano por Elise. Por un momento se puso muy serio, apretando los labios, a Savannah le hubiera gustado poder hacer o decir algo para calmar su dolor, pero no podía hacerlo.

–Si no quieres hacerlo, Scotty y yo podemos elegir los adornos –sugirió.

–No pasa nada, solo estaba recordando. La última vez que vi estas cajas fue cuando Elise y yo las subimos aquí.

–Lo siento –Savannah se dio la vuelta, pensando que querría estar solo.

–Espera, no te vayas.

Mike limpió el polvo de las cajas y las bajó al cuarto de estar. De una de ellas sacó una pancarta que decía «Feliz cumpleaños».

Luego fue a la cocina a buscar una escalera y pronto había pancartas, adornos y farolillos de colores por todo el cuarto de estar. Savannah encontró unos vasos de plástico que no habían sido usados, pero se le ocurrió una idea mejor.

–Mike, ¿por qué no compramos platos y vasos con sus personajes favoritos?

–Muy bien. Haz una lista de todo lo que quieres para cuando vayamos al pueblo.

Savannah lo vio levantando a Scotty para que dejase una tarjeta con una tarta de cumpleaños en la repisa de la chimenea. Padre e hijo parecían tan felices que se le encogió el corazón. Lamentaba la muerte de Elise y todo lo que había significado y se sentía triste por ella misma, pero Mike era un buen padre para Scotty y esperaba que algún día volviera a casarse.

En otra caja encontró un oso de peluche. Aunque viejo, el oso era bonito, pero cuando iba a colocarlo en el sofá Mike se lo quitó de las manos.

–Déjalo en la caja, es muy viejo. Se lo regalaron a Elise cuando era niña.

–Ah, vaya –murmuró Savannah–. Pero yo creo que a Scotty le gustará precisamente por esa razón. Si sabe que a su madre le gustaba de niña, será muy especial para él.

Mike respiró profundamente.

–Sí, tienes razón.

–Vamos a guardarlo en la caja. Lo dejaremos ahí un par de días y luego

decidirás si quieres sacarlo o no. Si te duele, lo guardaremos para otro momento. Un año más no importa, Scotty no se acordará.

–No, creo que tienes razón. A Scotty le gustará porque era de su madre.

–Déjalo, no tienes que sufrir innecesariamente.

Mike la miraba con una extraña intensidad. No podía adivinar lo que pensaba, pero de repente la abrazó y ella le devolvió el abrazo, sospechando que estaba emocionado. Entonces sintió un roce en la pierna y cuando miró hacia abajo vio a Scotty intentando abrazarlos a los dos.

–Venga, un abrazo de grupo –susurró.

Mike tomó al niño en brazos, sin soltar a Savannah.

–Un abrazo de grupo –repitió, con voz ronca.

Savannah sintió los bracitos de Scotty en el cuello y deseó poder borrar el dolor de aquellos dos seres. Pero sabía que no podía hacerlo y tener una breve aventura con Mike no lo ayudaría, al contrario. Durante el resto de su vida siempre habría momentos en los que lloraría por Elise.

–Bueno, chicos, vamos a ver el resultado de nuestro trabajo –dijo Mike por fin, cuando pudo controlar sus emociones.

Savannah miró alrededor.

–Está quedando precioso.

Cuando terminaron de colocar los adornos y guardar las cajas, el sol aún no se había puesto. Scotty quería jugar en la nieve y, después de abrigarse bien, salieron al patio e hicieron otro muñeco de nieve más pequeño con un perro de nieve al lado.

–Vamos al riachuelo. Te sorprenderá ver cuánto ha bajado el nivel del agua –dijo Mike.

Scotty corría delante de ellos y, de repente, se inclinó para mirar algo. Cuando llegaron a su lado, vieron huellas de algún animal en la nieve.

–¿De qué son, papá?

–De coyotes probablemente. Hay muchos por aquí.

Scotty empezó a saltar sobre las huellas, riendo y pasándolo en grande.

–No es fácil odiar la nieve cuando ves a un niño tan feliz jugando con ella –comentó Savannah.

–Cada día hay algo nuevo y emocionante para él. Y ahora mismo cada día tiene algo excitante para mí –dijo Mike.

Sus ojos castaños estaban cargados de deseo.

–Gracias –murmuró Savannah.

–Me alegro de tenerte aquí. Quiero una cita esta noche: chocolate caliente, un baile, tal vez un beso...

–Mike, espera –lo interrumpió ella, intentando ignorar los salvajes latidos de su corazón y cuánto le gustaría aceptar sin pensarlo más–. Tal vez necesitas revolcarte sobre la nieve para enfriarte.

–No, no quiero enfriarme.

Ella esbozó una sonrisa.

–Estar aquí también está siendo bueno para mí, siempre recordaré estos días.

–Lo hemos pasado bien, sí. Me preguntaré si has tenido un niño o una niña y si te has quedado definitivamente en California o has vuelto a Arkansas. Yo creo que serías más feliz en Arkansas, pero eso es porque a

mí no me gustaría separarme de mi familia.

–Seguramente eso es lo que haré.

–Si vuelves por aquí, llámame. Podríamos comer juntos.

–Sí, claro –asintió ella, sabiendo que no lo haría.

Dudaba que Mike la recordase. En cuanto la nieve se hubiera derretido, Ed arreglaría su coche, celebrarían el cumpleaños de Scotty y después se marcharía.

Sería difícil despedirse de ellos, pero cuanto más tiempo se quedase, más difícil sería la despedida. ¿Podría encontrar fuerzas para no hacer el amor con Mike, en cuya vida no había sitio para el amor y el matrimonio?

Era increíblemente atractivo, pero en realidad no lo conocía. ¿Cómo podía conocerlo en tan poco tiempo?

Capítulo Cinco

–Mike, mira el riachuelo –dijo Savannah.

La corriente había bajado, pero seguía teniendo un aspecto aterrador.

–Scotty, ven aquí –Mike levantó a su hijo para colocárselo a hombros–. No quiero que te caigas al agua. Está helada.

Riendo, el niño se puso el sombrero de su padre y Savannah decidió hacer una fotografía. El viento le movía los rizos a Mike mientras Scotty sonreía sobre sus hombros...

–El próximo verano, cuando solo quede un hilillo de agua, no podremos creer que en invierno fuera un torrente –dijo Mike.

El puente estaba cubierto de ramas, barro y hojas amarillentas. Savannah sintió un escalofrío.

–Menos mal que pudimos cruzar sin caernos al agua. No sé si habría podido salir del coche. No quiero ni pensarlo.

–Habríamos salido del coche y los chicos nos habrían sacado del agua, pero me alegro de no haber tenido que pasar por eso –dijo Mike.

Hablaba con absoluta confianza. Era un hombre muy seguro de sí mismo y acostumbrado a conseguir lo que quería.

–Voy a hacer que refuercen el puente. No quiero volver a tener que pasar por lo del otro día. Haré uno más alto para que el agua no pueda cubrirlo. La verdad es que llevaba algún tiempo pensándolo, pero lo he ido dejando porque siempre hay muchas cosas que hacer. Además, el riachuelo baja medio seco casi todo el año. A veces en julio y agosto no hay agua para llenar un vaso.

Savannah paseó por la orilla, con cuidado para no resbalar. Entonces, de repente, le pareció ver algo brillante en el barro y se inclinó para verlo de cerca.

–¿Qué has encontrado? –le preguntó Mike.

–Un anillo.

Él se inclinó para tomar unas piedrecitas de la orilla.

–Toma, Scotty. Tíralas al agua. Hazlas rebotar como te enseñé en verano.

Mientras el niño tiraba las piedras, Savannah metió el anillo en el agua para lavarlo.

–Es un anillo precioso.

Mike se acercó para mirar el anillo que brillaba en su mano. Parecía de oro, con piedras de color azul turquesa.

–Menudo hallazgo.

–¿De quién será?

–Según una de las leyendas que han pasado de generación en generación, una joven kiowa lanzó un anillo al riachuelo –Mike miró la

joya, pensativo–. Tal vez sea este. Pero no, no lo creo, seguro que alguien lo ha perdido recientemente.

–¿Vas a contarme la leyenda o no?

–Se trata de un viejo mito texano sobre una doncella kiowa cuyo amante hizo un anillo para ella. Cuando el guerrero murió en combate, ella no quiso seguir viviendo. Según la leyenda, tiró el anillo al riachuelo prometiendo que quien lo encontrase encontraría el verdadero amor.

–Ah, qué bonito –murmuró Savannah.

–Según la leyenda, después de tirar el anillo al riachuelo se lanzó desde un acantilado.

–Oh, qué final más triste.

–Por aquí no hay ningún acantilado, pero eso da igual. La leyenda ha pervivido de generación en generación.

–Yo quiero pensar que es una leyenda hecha realidad. Y si es amor verdadero para mí, tendrá que ser un tipo agradable y que quiera formar una familia.

–Pregúntaselo antes de nada –bromeó Mike–. Yo pensé que el anillo era tan imaginario como la leyenda. Es una coincidencia extraordinaria, ¿no?

–No lo sé, pero algún día espero encontrar el verdadero amor y espero que tú también lo hagas –Savannah lo miró a los ojos.

–Espero que nos ocurra a los dos –asintió Mike con voz ronca, pasándole un dedo por la mejilla–. Tú te lo mereces.

–Scotty y tú también. Aunque tu hijo es una bendición.

–Sí, lo sé.

–Scotty, mira lo que he encontrado –Savannah levantó el anillo para que lo viese el niño, que se lo puso en el dedito.

–Cuidado –le advirtió Mike–. Es demasiado grande para ti, no lo pierdas –añadió, poniéndolo en el dedo de Savannah–. Vaya, te queda perfecto.

–Cuando esté limpio del todo será muy bonito.

–Lo has encontrado tú, es tuyo. A saber cuánto tiempo llevará enterrado en el barro.

–Debería ser tuyo, es tu rancho.

Él negó con la cabeza.

–Lo has encontrado tú, así que quédatelo. Y espero que encuentres el verdadero amor –Mike se inclinó para darle un beso en los labios–. Tendremos que contárselo a mi familia.

–Sí, claro.

–Hemos comprobado que algunas de las leyendas tienen parte de verdad y tal vez esta sea una de ellas.

–Eso espero.

–Las otras eran más posibles y basadas en historias familiares, pero este anillo me recuerda leyendas de tesoros ocultos.

–Bueno, pues yo espero que mi verdadero amor aparezca pronto –dijo Savannah, riendo–. No hay nada en esa leyenda sobre cómo saber si es o no verdadero amor, ¿verdad? –le preguntó, pensando que conocer bien a un hombre antes de comprometerse sería más seguro que la leyenda de un anillo enterrado en un riachuelo.

–Savannah, una mujer como tú tiene que encontrar el amor tarde o

temprano –dijo Mike, mientras Scotty tiraba otra piedra al agua–. Todo el mundo comete errores, pero eso no significa que vayas a seguir cometiéndolos.

–Gracias –murmuró ella. En realidad, agradecía que la tormenta la hubiese obligado a buscar refugio en el rancho.

–Si no vuelve a nevar podremos ir al pueblo. Cuando volvamos, le enviaré a Ed un mensaje para preguntarle si piensa abrir la gasolinera. Yo creo que abrirá mañana.

De repente, Savannah sintió temor. No quería que aquellos días terminasen. Le encantaba estar con Mike y Scotty y se sentiría muy sola sin los Calhoun. Y sería mucho más difícil despedirse de ellos que despedirse de Kirk.

–Vamos a casa, Scotty –dijo Mike entonces. En cuanto se alejaron del riachuelo dejó al niño en el suelo y Scotty empezó a correr por la nieve–. Estoy deseando comer algo caliente –añadió, tomando a Savannah por la cintura.

–Espero que vuelvas a casarte algún día y que tengas más hijos. Eres un padre estupendo.

–Vaya, ¿es una proposición? –le preguntó él, riendo–. No, es una broma. Gracias –dijo luego apretándole la cintura.

–Si te hago alguna proposición lo sabrás enseguida –bromeó ella.

–Qué pena. Pensé que habíamos encontrado la manera de pasar un buen rato esta noche, cuando Scotty se vaya a la cama.

–Tal vez deberías correr un rato con Scotty para liberar toda esa energía –bromeó Savannah.

–Más tarde te mostraré una manera mucho mejor de liberar energía.

–Olvídalo –dijo ella, riendo.

Le divertía flirtear con él, y cada hora que pasaban juntos se metía más en su corazón.

–Nunca olvidaré estos días. Me alegro de poder estar aquí para el cumpleaños de Scotty...

–Solía pelearme con mis hermanos, pero a veces me gustaría que Scotty tuviese uno. Es feliz, pero...

–Algún día volverás a casarte, Mike. Y Scotty tendrá un hermano.

–¿Tú crees?

–Claro que sí. Eres joven, atractivo, rico, deseable...

–Demonios, no sabía que fuese tan buen partido. Creo que retomaremos esta conversación cuando Scotty se vaya a la cama.

–No, yo creo que no. Ya está bien. Olvida lo que he dicho. Además, ya sabes que no sé juzgar a los hombres.

–No lleves eso contigo, Savannah –dijo Mike, con expresión solemne–. Cometiste un error, nos pasa a todos. Seguramente has aprendido la lección y no volverás a hacerlo. Eres una mujer inteligente, confía en ti misma.

Savannah lo miró con el corazón encogido.

–No es tan fácil. Necesito tiempo.

Fueron en silencio durante el resto del camino, y cuando llegaron a casa Mike se dirigió a la cocina para preparar la cena mientras Savannah subía

a su habitación para lavarse las manos y limpiar bien el anillo.

Cuando bajó a la cocina, Scotty estaba en su trona y Mike frente a la nevera.

–Mira qué bonito es. Muy sencillo, pero precioso. Tiene una fecha grabada en el interior.

Mike miró la fecha y levantó la cabeza, sorprendido.

–1861... no puedo creer que sea tan antiguo.

Savannah se encogió de hombros.

–Esa es la fecha que pone.

–Después de cenar llamaré a Lindsay para contárselo. Se quedará sorprendida.

Después de cenar jugaron los tres juntos hasta que Mike anunció que era hora de irse a la cama. Una vez en la habitación de Scotty, Savannah se sentó en la mecedora para leerle un cuento. Luego le dio un beso en la carita y los dejó solos.

Cuando volvió al cuarto de estar, se sentaron frente a la chimenea y Savannah lo oyó llamar a Lindsay para contarle que había encontrado el anillo a la orilla del riachuelo.

Mientras hablaba, Mike se volvió para mirarla.

–Lindsay dice que le envíes una foto.

–Sí, claro –Savannah sacó el móvil del bolsillo–. ¿Cuál es su número?

Él se lo dio.

–Ya está. Dile que ya se la he enviado.

Lindsay lanzó un grito al otro lado del teléfono y Mike soltó una carcajada.

–Oye, que me dejas sordo. Sí, es real, no es una broma, lo ha encontrado medio enterrado en el barro, en serio. Sí, yo creo que es de oro y parece antiguo.

Unos minutos después, Mike se despedía de su hermana.

–Voy a dejar que Lindsay se lo cuente a mis hermanos o estaré al teléfono toda la noche. A los Calhoun les encantan las leyendas de la familia, pero como no hay dinero de por medio mis hermanos no harán tantas preguntas. Seguramente pensarán que es una simple coincidencia.

–Ahora yo tengo parte de la leyenda del rancho –dijo Savannah, mirando el anillo–. Y espero encontrar el amor algún día.

–Eres demasiado guapa como para no encontrar el amor.

–Gracias, pero ser guapa no asegura nada.

–En tu caso, seguro que sí.

Mike miró alrededor. La habitación estaba llena de adornos para la fiesta de Scotty.

–Ha quedado muy bonita, gracias por tu ayuda. Yo no lo habría hecho solo porque no habría sabido por dónde empezar.

–Seguro que sí.

–A Scotty le encanta y está muy emocionado por su cumpleaños.

–Me alegro. He estado buscando en Internet recetas para hacer una tarta de chocolate.

–Espera un momento –dijo Mike entonces, levantándose.

Un segundo después Savannah oyó ruido de cacerolas en la cocina y se

levantó para ver lo que estaba haciendo. Lo encontró en la despensa con dos libros en una mano y lo que parecía un álbum en la otra.

–He pensado que querrías ver esto. Son las recetas de Elise.

–Ah, perfecto –Savannah llevó los libros al cuarto de estar y se sentó para echar un vistazo.

–Mientras tú haces eso, yo voy a llamar a Ray para ver cómo va todo. Hoy he vuelto a casa antes de lo habitual.

–Haz lo que tengas que hacer, no te preocupes por mí. No quiero molestar.

Mike se quedó a su lado mientras hablaba por teléfono y cuando cortó la comunicación le levantó la barbilla con un dedo.

–Tú no molestas nunca –murmuró, mirándola a los ojos.

Savannah tuvo que tragar saliva.

–Gracias.

Mike se inclinó hacia ella para buscar sus labios y, Savannah, sin pensar, abrió los suyos. Mientras se besaban, Mike tiró de ella para envolverla en sus brazos, encendiendo su deseo una vez más. Su cuerpo era duro, ardiente, y el beso electrizante. Lo deseaba más de lo que nunca había deseado a ningún otro hombre, pero sabía que era un peligro para su corazón.

Sin embargo, en ese momento estaba dispuesta a arriesgar el corazón. Deseaba que Mike siguiera besándola porque era maravilloso, sexy, masculino... y el deseo había ido aumentando desde el momento que se encontraron en la carretera.

¿Lo lamentaría después si no se arriesgaba? Tal vez aquello era algo que ocurría solo una vez en la vida.

Savannah dejó de pensar y le devolvió el beso apasionadamente. Mike tiró hacia arriba de su jersey, que dejó caer al suelo, y empezó a quitarse el suyo mientras Savannah miraba el fuego en sus ojos oscuros.

Le pasó las manos por el torso, musculoso, sólido, la cintura estrecha, el estómago plano. Era tan atractivo, tan apuesto... demasiado apuesto. La dejaba sin respiración.

El deseo que había en su expresión mientras le quitaba el sujetador encendía el suyo. Mike acarició sus pechos, inclinándose para besarlos.

Suspirando de gozo, Savannah se agarró a sus hombros y le pasó una mano por el pelo.

–Mike, por favor –susurró, deseando sus besos, sus caricias.

Aunque sabía que en un momento de pasión no podría guardar su corazón...

Y sabía que eso era un error.

Mike la sujetó por la cintura y, en unos segundos, los vaqueros cayeron al suelo. Él no dejaba de acariciarla, deslizando las manos por sus piernas, entre sus muslos, acariciándola sin cesar mientras la besaba.

El deseo la envolvía como una capa que le impedía pensar en nada más.

–Mike, espera –musitó, intentando ser práctica, intentando encontrar el sentido común que parecía haber perdido–. Espera –dijo de nuevo.

Mientras intentaba recuperar el aliento, tiró hacia arriba de los vaqueros.

En ese momentos le sonó el móvil a Mike, pero no parecía dispuesto a contestar. Seguía mirándola como si quisiera memorizar sus rasgos.

–Savannah –susurró, intentando abrazarla de nuevo.

–Contesta al teléfono o lo haré yo –le advirtió ella–. Vamos a esperar, Mike. Busquemos un momento con menos interrupciones... y cuando pueda pensar con claridad.

Su ardiente mirada era una tentación casi irresistible, pero Savannah hizo un esfuerzo porque sabía que era lo mejor. Tomando el sujetador y el jersey se dio la vuelta, alejándose para no caer en sus brazos otra vez.

Lo que había hecho era lo más sensato, no lo que quería. Anhelaba las caricias de Mike, pero si se entregaba a él le entregaría su corazón.

Y no podía entregar su corazón otra vez.

Mientras él hablaba por teléfono, con voz ronca, la observaba con una expresión solemne. Seguía excitado, dispuesto a hacerle el amor.

Desde el momento que Mike llegó a su vida una parte del dolor que sentía por la traición de Kirk se había esfumado. ¿Estaba a punto de cometer otro error?

Se sentía tan atraída por él. Deseaba acercarse de nuevo, buscar su calor, volver a sentir la presión de sus labios.

Tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse. Todas las células de su cuerpo la empujaban hacia él, pero no era el momento. Tenía que pensar. Necesitaba pensar porque sabía que ceder a sus deseos podría provocar una catástrofe.

Subió a su habitación y cerró la puerta tras ella para intentar poner las cosas en perspectiva. Tenía que calmarse para poder estar en una habitación con él sin caer en sus brazos.

Sería tan difícil olvidarlo. Decirle adiós a Mike y Scotty sería tan triste. El niño también le había robado el corazón. ¿Podría verlos simplemente como dos personas encantadoras que habían pasado por su vida?

El sentido común le decía que sería más fácil si no hacía el amor con Mike.

Savannah respiró profundamente. ¿Podría resistirse si él volvía a besarla? ¿Quería resistirse? Hacer el amor con Mike en aquel momento de su vida podría ayudarla a olvidar la desilusión que había sufrido con Kirk. La pregunta estaba en su mente constantemente: ¿era un nuevo error? No podía conocer a Mike después de unos días.

Necesitaba resistirse por él y por ella misma. Era lo mejor para los dos.

Capítulo Seis

El martes por la mañana, Mike y Ray estaban cortando ramas con sierras mecánicas.

Ray se irguió.

–Un par de ramas más y habremos terminado.

–Me sorprende que se hayan roto tantas ramas. Este árbol lleva aquí toda la vida y no recuerdo que haya ocurrido nunca –comentó Mike.

–Hemos tenido nieve, hielo y viento. Una mala combinación –dijo Ray antes de inclinarse para seguir cortando ramas–. El hielo las hace más pesadas.

Mike se alegraba de no tener ganado en esa zona de la finca.

–Por el momento, el puente principal y la cerca son los peores daños, ¿no?

Ray asintió con la cabeza.

–Mientras construyen el nuevo puente pondremos barricadas y carteles, por si algún extraño intenta cruzar por allí. Aunque no lo creo.

–No, pero las barricadas son buena idea. No quiero que haya ningún accidente.

–Se han caído algunos postes de la luz, pero vamos a levantarlos hoy mismo.

–Muy bien, vamos a terminar con esto –Mike se concentró en lo que estaba haciendo y cuando terminaron ayudó a los hombres a cargar las ramas en el remolque.

Siguió trabajando hasta media tarde y luego subió a la camioneta. Llevaba trabajando desde el amanecer y estaba deseando llegar a casa con Scotty y Savannah.

La quería en su cama y pensaba que solo era una cuestión de tiempo. Estaba convencido de que caería en sus brazos porque Savannah había dejado claro que también a ella la consumía el deseo. Se sentía culpable porque no quería hacerle daño y porque no podía amarla como ella merecía ser amada, como había amado a Elise.

Sería una aventura, algo temporal, algo que lo haría feliz brevemente, pero podría hacerle mucho daño a Savannah.

Debería dejarla en paz. Debería dejar que siguiera adelante con su vida y su embarazo sin añadir más penas.

Pero había aparecido en su vida en medio de una tormenta y había cambiado tantas cosas. Le gustaba tenerla cerca, y a Scotty también.

¿Estaba preparado para despedirse de ella cuando llegase el momento?

Sospechaba que no.

Si hubiera insistido la noche anterior habrían terminado en la cama, pero había hecho bien dejándola en paz.

Savannah había conseguido aliviar su dolor y esperaba que algún día encontrase la felicidad con otro hombre y un padre para su hijo.

Deseando llegar a casa, Mike detuvo la camioneta en la puerta cochera y la risa de Savannah lo llevó hasta el cuarto de estar. Estaba sentada en el suelo, jugando con Scotty. Cuando levantó la mirada y clavó en él sus grandes ojos azules, Mike se excitó sin remedio.

Scotty saltó para abrazarlo.

–¡Papá!

Mike lo tomó en brazos, riendo.

–¿Qué tal lo has pasado?

–Muy bien. Estamos jugando.

–Ya veo.

–Es divertido –dijo Savannah–. Ven a jugar con nosotros.

Mike se sentó a su lado.

–Me gusta encontrarte en casa.

–Porque eres un hombre muy familiar, pero gracias por decir eso.

–Lo digo en serio –insistió Mike.

–Y yo lo recordaré durante mucho tiempo –dijo Savannah–. Bueno, vamos a seguir jugando.

–Scotty es muy competitivo.

–Me pregunto de quién lo habrá heredado –bromeó ella–. Cuando quieras puedes ocupar mi sitio.

En ese momento le sonó el móvil y lo sacó del bolsillo para mirar la pantalla.

–Es Ed, así que será sobre tu coche. Hola, Ed... sí, muy bien, haz lo que tengas que hacer. ¿Me llamará Russ? –Mike escuchó durante unos segundos–. Sí, claro, muchas gracias.

En cuanto guardó el móvil en el bolsillo, se volvió hacia Savannah.

–El motor está muy dañado. Ed no puede arreglarlo así que tiene que llevarlo a Verity, pero no cree que pueda llevarlo hasta mañana. Lo siento, podría tardar más y costar más de lo que tú esperabas.

–En fin, de todas formas tengo que hacerlo –dijo Savannah–. Me echo a temblar cuando pienso lo que habría pasado de no haberme encontrado contigo.

–Olvídalo. No ha pasado y aquí estás.

–Puede que fuese mejor comprar otro coche –dijo Savannah entonces–. ¿Verity es un buen sitio para hacerlo o debería ir a Dallas?

–Depende de lo que quieras. Hay un buen concesionario en Verity, pero el mecánico te llamará para darte un presupuesto y decirte si merece la pena repararlo.

–¿Sabes cómo están las carreteras?

–Imagino que la mayoría estarán abiertas, pero no he visto el informe del tiempo. ¿Quieres ir mañana a Verity?

–Sí, muy bien –respondió Savannah.

–Voy a ver qué hago de cena. Tú sigue jugando con Scotty.

–De acuerdo.

Mike encontró un asado en el congelador y lo metió en el horno. También encontró un pastel que serviría de postre. Afortunadamente,

Millie cocinaba como una máquina, pensó.

Sobre la encimera que dividía la cocina del cuarto de estar podía ver a Savannah y Scotty jugando. Ella reía y su hijo parecía feliz otra vez. Se alegraba tanto de que Savannah estuviera con ellos…

Mike estaba sacando tres vasos del armario cuando ella apareció a su lado.

–Eres un experto en la cocina.

–Yo no, Millie. Si no vuelve a nevar, estará aquí mañana y comeremos algo recién hecho.

–No creo que podamos comer mejor. Estoy impresionada por tus habilidades culinarias.

–Lo único que hago es calentar cosas en el horno. Además, preferiría impresionarte con otras habilidades –dijo Mike, acercándose un poco más–. Te las demostraré más tarde.

Riendo, Savannah se abanicó a sí misma.

–Estoy deseando –dijo, volviéndose para mirar a Scotty–. Será mejor que vayas con él. Es tu turno.

–El asado tardará veinte minutos en calentarse, pero hay que calentar los panecillos en diez minutos.

–Yo puedo hacerlo. ¿Dónde están?

–En una bolsa, en el congelador. Grita si no los encuentras.

–¡Papá, te toca a ti!

–Ya voy, Scotty. Gracias por jugar con él.

–Lo he pasado muy bien. Venga, ve, tu hijo está esperando.

–Aquí estoy –anunció Mike, sentándose al lado del niño.

–Te voy a ganar, papá.

–Seguro que sí. Has aprendido mucho.

Unos minutos después, Savannah se sentó a su lado. Cada vez que flirteaba con ella, Savannah le devolvía el flirteo, pero nada más. ¿Tenía miedo de confiar en sí misma?

Él siempre había confiado en su buen juicio y tenía la impresión de que haber confiado en su exprometido cuando no debería era un peso que llevaba sobre los hombros.

La miró mientras ella miraba a Scotty, pero entonces giró la cabeza y, por un momento, la vio contener el aliento.

Savannah sentía lo mismo que él, aunque no quisiera.

Quería besarla. Fuese una estupidez o no, definitivamente quería abrazarla y besarla, pero Savannah se levantó para ir a la cocina y la oyó meter los panecillos en el horno.

Mike dejó que Scotty ganase la partida.

–¿Cuántas veces has ganado hoy?

–Una vez esta mañana, dos veces esta tarde y ahora a ti.

–¿Y cuántas veces son esas? –le preguntó Mike. Scotty contó con los deditos y levantó cuatro.

–Cuatro veces.

–Muy bien, hijo. Venga, vamos a lavarnos las manos. Creo que la cena ya está lista.

Durante la cena Mike no podía dejar de mirar a Savannah. Estaba

deseando quedarse a solas con ella.

Una vez en la habitación del niño, dejó que eligiese tres cuentos para que Savannah los leyera sentada en la mecedora.

Se sentó en el sillón y escuchó, mirándola, con Scotty sobre las rodillas jugando con su pelo...

Cuando llegó al final de la página, Scotty la pasó por ella.

–Gracias –murmuró Savannah.

A mitad del tercer cuento al niño se le cerraban los ojos. Se quedó dormido antes de que terminase y, con cuidado, Mike lo metió en la cama y lo arropó antes de inclinarse para darle un beso en la mejilla.

–¿El cuento ha terminado? –murmuró Scotty, sin abrir los ojos.

–Sí, cariño –respondió Savannah–. Te has quedado dormido.

–Dame un beso de buenas noches.

Ella se inclinó hacia delante y Scotty le echó los brazos al cuello.

–Buenas noches, cielo.

–Buenas noches, Savannah. Te quiero.

–Yo también te quiero –dijo ella en voz baja.

Mike tuvo que tragar saliva. Seguía habiendo un vacío en la vida de Scotty que él no podía llenar del todo.

–Buenas noches, papá –dijo Scotty, abrazándolo.

–Buenas noches.

Se fueron al cuarto de estar.

–Scotty te quiere mucho –dijo Mike, con el corazón encogido.

–Es un niño maravilloso. Eres muy afortunado.

–Sí, lo sé. Se te dan bien los niños, imagino que es por eso por lo que te hiciste enfermera.

–Y me gustan los retos. Los niños recién nacidos... pobrecitos, algunos tienen tantos problemas.

–¿Podrás pedir la baja por maternidad?

–Espero que sí, pero mi madre quiere que me vaya a su casa durante un tiempo para cuidar del niño mientras yo vuelvo al trabajo.

Él asintió con la cabeza.

–Buena idea.

El cuarto solo estaba iluminado por la luz de la chimenea y la música de fondo añadía intimidad al momento. En la penumbra podía ver sus altos pómulos, sus ojos azules, el pelo rubio cayéndole por los hombros...

Era preciosa, pensó.

El deseo lo dejaba sin aliento. solo quería abrazarla, sentir su calor, respirar su perfume, ver cómo abría los labios para él. Pensar en besarla hacía que la deseara más que nunca.

¿Era tan vulnerable porque no había hecho el amor en mucho tiempo?

Lo único que sabía era que la deseaba y que debería controlarse.

Savannah se volvió entonces y el brillo en los ojos de Mike despertó su deseo.

¿Quería arriesgarse a confiar en su buen juicio con él? Mike la animaba a confiar en sí misma, pero eso era fácil para él, que irradiaba confianza.

En cierto modo, sentía como si lo conociera desde siempre. ¿Podría hacer el amor con él y luego despedirse sin mirar atrás?

–¿En qué piensas? –le preguntó Mike.

–En lo que quiero hacer antes de irme –respondió ella, mirando esos ojos castaños que la tenían cautivada.

Mike se quitó las botas y las dejó al lado de un sillón antes de poner un disco de baladas.

–Quítate las botas y baila conmigo –susurró–. Ven, levanta el pie.

Riendo, Savannah dejó que le quitase las botas. Luego, Mike la tomó por la cintura y empezaron a moverse.

Había apagado la lámpara, de modo que el cuarto solo estaba iluminado por la luz de la chimenea y la del patio. Fuera, todo estaba cubierto de nieve.

Mike la apretó contra su pecho, mirándola a los ojos, y sin darse cuenta Savannah miró sus labios, tan firmes, tan masculinos.

–Savannah... –susurró él, inclinando la cabeza para besarla.

En unos segundos la tomó en brazos para llevarla al sofá y la sentó sobre sus rodillas.

En ese momento Savannah sentía que no quería apartarse nunca. Mike se había convertido en alguien importante para ella y eso la asustaba porque pronto tendría que marcharse, pero esa noche estaba entre sus brazos, devolviendo sus besos, y no quería pensar en el mañana.

Mike la besaba apasionadamente, sujetándole la cintura con una mano y acariciándole el pelo con la otra. El roce de sus dedos hacía que perdiese la razón.

–Mike –susurró, sintiendo el roce de su barba, detectando el aroma de su loción de afeitado, deseando hacerle sentir lo que ella sentía mientras el sentido común le advertía que parase.

Sin pensar, sin querer escuchar a su sentido común, empezó a desabrocharle los botones de la camisa. Emocionada al notar el roce de su piel, le pasó los dedos por el torso esculpido, todo músculo, sintiendo los latidos de su corazón.

¿Latía con más fuerza por ella? Savannah deslizó los dedos hacia abajo para quitarle el cinturón, que cayó al suelo.

–Esta noche te necesito –susurró, abriendo los ojos para mirarlo.

Mike enredó los dedos en su pelo.

–Yo también te deseo, Savannah. El deseo no ha sido parte de mi vida en mucho tiempo, pero de repente me siento vivo de nuevo. No puedes imaginar cuánto te deseo, pero no quiero hacerte daño. Yo no puedo ofrecerte el compromiso que tú necesitas.

Savannah miró esos ojos castaños, tan claros, tan honestos.

Lo entendía porque tampoco ella estaba buscando un compromiso, pero se conocía a sí misma y sabía que no podría tomarse a la ligera una noche de intimidad. Se enamoraría de él sin remedio... ¿o no?

El deseo la abrumaba, haciendo que desease su vitalidad, sus caricias, sus besos. Si quería parar, aquel era el momento.

No podía estar en la misma habitación con él sin desearlo, y era algo que le había pasado desde el primer encuentro. Quería besarlo, tocarlo, abrazarlo... solo durante un tiempo, unos días, para olvidar sus problemas. Tal vez el deseo que sentía era la confirmación de lo mejor de la vida, la

esperanza, la energía, la pasión.

Sabiendo lo que esa noche significaba para los dos, pensó en los riesgos para su corazón. En ese momento lo necesitaba del todo y estaba dispuesta a aceptar cualquier riesgo.

Cuando Mike la besó de nuevo, dejó de pensar. Su aliento era ardiente, húmedo, sensual.

Le quitó el jersey y el sujetador, tirándolos al suelo para acariciarle los pechos con ásperas manos, rozándolos con los pulgares, besándole los hombros, los brazos...

El placer la hizo suspirar y se entregó al momento, acariciándolo suavemente con los dedos y los labios.

Mike tomó su cara entre las manos, su mirada oscura como una capa que la apartaba del mundo.

–No quiero hacerte daño –dijo con voz ronca–. Quiero que estés segura de lo que haces –añadió, con un anhelo que no podía disimular.

Mike era especial. ¿Se enamoraría de él esa noche? ¿Podría aceptar la intimidad física sin perder la cabeza y el corazón por él?

Él se levantó del sofá y la tomó en brazos.

–Vamos a tu dormitorio –susurró, sin dejar de besarla.

Savannah le echo los brazos al cuello y subieron en silencio por la escalera. Una vez en la habitación, la dejó en el suelo, al lado de la cama, sin dejar de besarla posesivamente.

Savannah perdió la noción del tiempo. Solo llevaban juntos unos segundos, pero parecía como si estuvieran juntos desde siempre. Él le quitó los vaqueros y, sin decir nada, levantó los pies para librarse de ellos.

Lo oyó contener el aliento mientras le quitaba las bragas de encaje, pero entonces se detuvo.

Mike se apartó para mirarla de arriba abajo, con un pasión que hacía que le ardiesen las mejillas.

–Mike –susurró mientras la besaba el cuello–. Esto es una locura, pero una locura maravillosa –dijo luego, sin pensar–. Quiero hacer el amor contigo esta noche.

–Yo también.

Mike la besaba apasionadamente, sujetándola por la cintura con un brazo mientras con la otra mano le acariciaba el trasero, encendiéndola, haciéndola gemir de gozo, de emoción.

Ella le devolvía beso por beso, deseando derretirlo, hacer que olvidase el dolor durante unas horas, tener toda su atención durante esa noche.

Mike la tomó en brazos para tumbarla en la cama y sus besos borraron todo pensamiento racional. Lo deseaba desesperadamente y le asombraba que pudiese mantener el control cuando ella ya estaba preparada para hacer el amor.

Lo acarició, apretándose contra él, usando las manos y la boca para hacer que perdiese ese control de acero y, por fin, Mike se colocó entre sus piernas y entró en ella, llenándola poco a poco.

Mientras se arqueaba para recibirlo, su oscura mirada la ataba a él como una cuerda invisible.

–Mike –musitó, diciéndole en voz baja cuánto lo deseaba mientras se

agarraba a sus hombros hasta que por fin él se dejó ir, empujando con fuerza una y otra vez.

–Savannah...

–¡Mike! –gritó ella una y otra vez, perdiendo el control.

Su propio éxtasis se mezcló con el clímax de Mike, las salvajes embestidas aumentando el placer. Su corazón se volvió loco y el pulso latía en sus oídos mientras buscaba oxígeno.

Por fin, sus respiraciones volvieron a la normalidad, aún moviéndose juntos, sus corazones latiendo al unísono. Savannah lo abrazó con fuerza, deseando alargar ese momento todo lo posible, deseando que la noche durase para siempre.

En ese momento estaba en el paraíso. Hacer el amor con él hacía que el mundo fuese un sitio maravilloso. Otra fantasía, pero disfrutó de ella y de lo que había encontrado con Mike en el momento más inesperado de su vida.

Él seguía besándole la cara, el cuello, la boca. Eran besos de felicidad, besos que la hacían sentir querida, y Savannah lo abrazó poniendo en ese abrazo todo su corazón.

Mike se tumbó de lado, sin soltarla, sus piernas enredadas, en silencio. Y Savannah no quería decir nada que rompiese la magia del momento.

Se quedaron así, como envueltos en un capullo, sus corazones latiendo al mismo ritmo.

–El sábado, cuando me rescataste, pensé que aparte de estar en casa, en Arkansas, tu rancho era el mejor sitio del mundo, pero esto es aún mejor.

–Desde luego que sí –asintió él, acariciándole el pelo–. No pienso apartarme en toda la noche.

–Yo tampoco –murmuró ella, pasándole un dedo por el torso.

–Me dejas sin aliento –dijo Mike, besándole la frente.

–Eso espero. Quiero que te olvides de todo lo demás, y yo estoy dispuesta a hacer lo mismo. Todos los problemas, todos los errores, por un momento todo lo demás ha dejado de existir. Sé que los problemas volverán, pero ahora mismo han desaparecido de mi vida y es fantástico.

Mike sonrió.

–¿Te gusta vivir una fantasía?

–Una fantasía sexual no está nada mal.

–No, desde luego. ¿Qué tal si nos damos un baño caliente y luego probamos mi cama?

Relajada y en un estado de euforia, feliz entre sus brazos, Savannah asintió con la cabeza. Esa noche todo era maravilloso y quería disfrutar del momento. El mañana llegaría cuando llegase.

–Buena idea, pero dentro de un momento. Por ahora, vamos a quedarnos así.

–Lo que tú digas –murmuró Mike sin dejar de jugar con su pelo.

Se quedaron abrazados durante media hora y luego Savannah saltó de la cama, envolviéndose en la sábana.

–¿Nos damos ese baño caliente?

–Puedo llevarte en brazos.

–Ah, de modo que aún te queda energía. La próxima vez tendré que

esforzarme más.

–Inténtalo –replicó él, riendo.

Entraron en la suite, con una pared de cristal que ofrecía una vista panorámica del rancho. Había estanterías en las paredes y otra enorme pantalla de televisión, un escritorio, sillones de cuero y dos sofás. En el dormitorio, una cama de matrimonio con cabecero antiguo y una caja llena de juguetes frente a la puerta del vestidor. También allí había una pared de cristal con un balcón de hierro forjado.

Mike pulsó un botón y las persianas se bajaron solas.

–Así está mejor. Necesitamos privacidad porque tengo planes –dijo, sonriendo.

–Veremos si coinciden con los míos –bromeó Savannah.

Mike la tomó en brazos para llevarla al baño, más grande de lo que había imaginado, aunque en aquella casa todo era enorme. Sonriendo, la dejó en el suelo para abrir el grifo y pasaron la siguiente media hora en la bañera. Mike le habló sobre su infancia en Texas y ella le contó la suya en Arkansas.

Hicieron el amor de nuevo varias veces antes del amanecer, y cuando el sol empezaba a colarse por las persianas, Mike se quedó dormido entre sus brazos.

Savannah sonrió, acariciando sus rizos oscuros.

¿Era aquella una alegría temporal que la ayudaría a superar el dolor de su compromiso roto o estaba enamorándose de Mike?

Capítulo Siete

Savannah se movió un poco, pero Mike la sujetó por la cintura.

–Tengo que levantarme. Anoche dejé mi ropa en el cuarto de estar...

–Quédate aquí conmigo –susurró él.

–No, lo siento. Tengo que ir a mi habitación. Nos veremos cuando vuelvas esta tarde.

–Eso no es lo que yo había planeado –protestó él.

–No mires –dijo Savannah, mientras se envolvía en la sábana.

–De eso nada. No pienso dejar de mirar.

Escondiendo una sonrisa, Savannah salió de la habitación sin mirar atrás. Porque si lo hacía volvería con Mike sin remedio.

Casi una hora después, duchada y vestida, bajó al primer piso. Cuando entró en la cocina, Mike estaba frente al fregadero, hablando con una mujer de pelo gris y delantal blanco. Scotty estaban sentado a la mesa, con un cuenco de cereales frente a él.

–Buenos días –lo saludó, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

–Buenos días, Savannah –la saludó el niño.

–Savannah, te presento a Millie.

–Encantada de conocerla –dijo Millie–. ¿Qué le apetece desayunar? Tenemos bollos, zumo de naranja...

–No se preocupe, solo tomaré un panecillo y un vaso de leche.

Mientras tostaba su panecillo y ponía un poco de mermelada de fresa sonó el móvil de Mike. Savannah no estaba prestando atención a la conversación hasta que escuchó su nombre.

–Savannah encontró el anillo en el riachuelo... sí, como dice la leyenda. Iremos a la joyería de Poindexter, pero parece muy antiguo. Sí, claro, hablaremos luego –Mike se guardó el móvil en el bolsillo–. Era mi hermano Jake. Lindsay le ha contado lo del anillo y está muy interesado. Cuando encuentres el verdadero amor sabremos que la leyenda es real.

Savannah rio, mirando el anillo que llevaba puesto. No se lo había quitado desde que lo encontró en el riachuelo.

–No necesito encontrar el verdadero amor. Me encanta el anillo y la leyenda es preciosa.

–Aunque mi hermano Josh está fuera de la ciudad, también él querrá verlo en la fiesta.

Savannah se sentó a la mesa con su panecillo y su vaso de leche.

–Me parece muy bien, pero supongo que Scotty será el centro de atención.

–Sus tíos lo miman demasiado. Menos mal que Scotty es un buen niño o acabaría siendo un malcriado.

–Scotty no es un niño malcriado, es un cielo.

–Sí, es verdad –Mike se acercó un poco más–. Y alguien que yo conozco también –le dijo al oído.

–Anda, déjame desayunar –Savannah mordió el panecillo, aliviada al no sentir náuseas.

El móvil de Mike sonó de nuevo y se alejó un poco para hablar tranquilamente.

–Era Russ, sobre tu coche –dijo después–. Tiene mucho trabajo por culpa de la tormenta y podrían pasar varios días antes de que pueda echarle un vistazo. Le he dicho que no pasaba nada porque ese taller es el mejor de la zona.

–Mientras a ti no te importe tenerme como invitada.

Mike sonrió.

–Más tarde te demostraré lo que pienso sobre eso.

–¿Es una promesa? –murmuró Savannah, flirteando descaradamente.

Estaba bromeando, pero sabía que otra noche de amor con Mike haría más dolorosa la despedida. Hacer el amor, conocerlo íntimamente, era un enorme riesgo para su corazón.

–Definitivamente. Cuando estemos solos te lo demostraré.

–No estamos solos –le recordó ella–. Qué indiscreto.

–No nos oye nadie –dijo Mike–. El tiempo ha mejorado, así que podríamos ir a Verity. Seguramente allí habrá muchos muñecos de nieve.

–¿Podemos ir a verlos? –exclamó Scotty.

–Sí, claro.

–Papá, ya he terminado.

–Entonces puedes levantarte de la mesa. Pero antes pídele permiso a Savannah.

–¿Puedo levantarme de la mesa, Savannah? –le preguntó Scotty con una sonrisa irresistible.

–Claro que sí –respondió ella.

El niño saltó de la trona y corrió al cuarto de estar.

–Ha aprendido de su padre cómo salirse con la suya –bromeó Savannah con una sonrisa.

–Ah, no sabía que solo hiciera falta eso. Tendré que probarlo.

–¿No has terminado de desayunar?

–Hace rato, pero me gusta mirarte.

Cuando Savannah terminó de desayunar subieron juntos al segundo piso.

–Voy a entrar en tu habitación un momento para enseñarte algo.

–Scotty podría subir…

–No se le ocurriría entrar en tu habitación –dijo Mike, riendo mientras la envolvía en sus brazos–. Estaba deseando quedarme a solas contigo.

Se apoderó de sus labios, apretándola contra su torso. Estuvieron así unos minutos, besándose en silencio, hasta que metió una mano bajo el jersey para acariciarle los pechos por encima del sujetador.

Savannah lo deseaba como si hubieran pasado semanas y no horas desde la última vez que hicieron el amor.

–Mike…

–No quiero esperar. En mi habitación hay un pestillo…

–De eso nada –Savannah dio un paso atrás–. Nos vamos al pueblo... –tuvo que apartarse cuando Mike iba a abrazarla de nuevo–. Estate quieto.

Pero Mike no quería estarse quieto y le metió la mano bajo la falda.

–Espera...

–No puedo esperar –repitió él–. No puedes imaginar cuánto te deseo.

–Mike –susurró ella, besándolo. Sabía que deberían parar, pero deseaba sus besos y sus caricias como no había deseado nada en toda su vida. Tenía que recordar que solo era deseo, atracción física, nada más. Nada permanente. Aunque habían hecho el amor, mantendría cerrado su corazón, pero sabía que seguramente ya estaba enamorándose de él.

Por fin, logró apartarse.

–Deberíamos ir al pueblo.

Mike la miró, suspirando.

–Te deseo –dijo con voz ronca–. Quiero besarte, tocarte, hacerte el amor. Hoy será un tormento porque no puedo apartar las manos de ti...

–Mike...

–Quiero estar unos días a solas contigo. Lindsay quiere llevarse a Scotty a su rancho. Se llevan muy bien y es algo que suele hacer, de modo que no le sorprenderá. Savannah, quédate un poco más. Quiero decir unas semanas, no unos días. No tienes que llegar a California en una fecha concreta, no tienes prisa.

Ella sacudió la cabeza.

–Pensé que no había riesgo, pero ahora que hemos dormido juntos... si me quedo será más difícil decirte adiós. Tengo que pensarlo, no sé. No estoy preparada para ningún tipo de compromiso y tú tampoco.

–No quiero compromisos, solo unos días juntos para hacer el amor y tal vez curar nuestras heridas. Me gustaría que durmieras en mi habitación.

–No puede ser. Hacer el amor contigo todas las noches abriría nuevas heridas y tú lo sabes.

–No quiero hacerte daño –susurró él, besándola con una pasión que deshacía todos sus argumentos y la hacía desear decir que sí a todo.

Mike levantó la cabeza para mirarla como si pudiera ver todos sus pensamientos, todos sus miedos.

–Has sufrido mucho y yo no quiero hacerte más daño.

–A veces no hacemos lo que debemos, Mike. No puedes garantizar que no vayas a hacerme daño.

–Muy bien –dijo él, dándole un último beso.

Savannah no sabía qué hacer. Cada beso la ataba más a Mike. Estaba haciendo que perdiese la perspectiva, convirtiéndose en su amigo, en su amante. No podría alejarse de él con el corazón intacto y lo sabía.

–Vamos a Verity –dijo entonces.

Mike dejó escapar un suspiro.

–Muy bien, pero esta noche dormirás entre mis brazos y hablaremos del tiempo que puedes quedarte aquí.

–Me lo pensaré –replicó ella. Pero pensar en hacer el amor con él de nuevo la dejaba sin respiración.

Cuando Mike salió de la habitación, Savannah cerró la puerta con las piernas tan temblorosas como si hubiera librado una batalla, aunque la

batalla era consigo misma. Quería decir que sí, olvidarse de todo y quedarse con él. Pero era un riesgo tan grande...

Mike deseaba a Savannah como nunca hubiera imaginado. Era como si todas sus emociones, guardadas durante tanto tiempo se hubieran liberado. Se sentía vivo de nuevo, feliz, esperanzado. Experimentaba sentimientos que no había experimentado desde la muerte de Elise.

La quería entre sus brazos, quería bailar con ella, hacer el amor con ella todas las noches durante al menos unas semanas.

Suspirando, entró en su habitación. Savannah podría tener que quedarse más tiempo del esperado por culpa del coche.

Intentó pensar en las cosas que tenía que hacer en Verity. Además, debía llamar a su familia para decirles que habría una fiesta de cumpleaños...

Estaba deseando que llegase la noche para tener a Savannah entre sus brazos. Se equivocaba al pensar que iban a enamorarse porque eso no iba a pasar. Los dos eran adultos, los dos tenían experiencia. Ella no estaba preparada para enamorarse y él tampoco.

Se sacó el móvil del bolsillo para llamar a Ray. Como había imaginado, las carreteras estaban limpias de nieve.

En una hora, Mike, Savannah y Scotty estaban en la camioneta, en dirección a Verity. Había montones de nieve a ambos lados de la carretera, pero la camioneta tenía neumáticos nuevos y sacos de arena en la parte trasera para añadir peso.

–Iremos a la parte antigua de Verity, allí hay una joyería que conozco desde siempre. Vamos a preguntarle al propietario qué le parece el anillo. Claro que tal vez alguien haya denunciado el robo o la pérdida y tendrías que despedirte de la leyenda.

–Si pertenece a alguien estaré encantada de devolverlo –dijo Savannah–. Fue divertido encontrarlo y conocer la leyenda, pero no me importa devolverlo.

–Mientras tú vas a comprar todo lo que necesites para la fiesta, yo iré a encargar pienso y otras cosas. Me llevo a Scotty.

–Muy bien.

Las calles de Verity también estaban limpias de nieve, pero había carámbanos de hielo colgando de los tejados y mucho barro en las aceras. Desde luego, la tormenta había sido impresionante.

Savannah entró en una tienda para comprar vasos y platos con dibujos, adornos, tarjetas y papel de regalo.

Cuando iba a reunirse con Mike, lo vio bajando por la calle con Scotty de la mano. Padre e hijo llevaban chaquetas de ante forradas de piel y botas vaqueras y le pareció una imagen tan encantadora...

Temía el momento de la despedida, pero en cuanto estuviera fuera de Texas empezaría a hacer planes para su nueva vida en California... o en Arkansas, aún no estaba segura. Los recuerdos se borraban con el paso del tiempo y Mike sería solo un recuerdo.

Pero en aquel momento le gustaría correr para abrazarlo. A él y a Scotty. Aquellos dos seres significaban para ella más de lo que hubiera

podido imaginar. Mike era sexy, honesto, divertido, capaz, sólido, seguro. Scotty era adorable y se metería en el corazón de cualquiera.

–Trae, dame las bolsas –dijo Mike cuando llegó a su lado–. Las guardaremos en la camioneta antes de ir a la joyería. No tiene sentido ir al taller porque Russ aún no ha tenido tiempo de echarle un vistazo a tu coche.

Después de dejar las bolsas en la camioneta fueron a la joyería Poindexter, donde todos saludaron alegremente a Mike y Scotty, diciéndole cuánto había crecido.

–¿Chuck está por aquí? – preguntó Mike.

–Aquí estoy –respondió un hombre alto de pelo blanco que salía de la trastienda.

–Chuck, te presento a Savannah Grayson. Savannah, Chuck Poindexter.

–Encantado, Savannah.

–Lo mismo digo.

–Queremos enseñarte un anillo.

Savannah se lo quitó del dedo para mostrárselo.

–Lo encontró a la orilla del riachuelo que pasa por mi rancho después de la tormenta. ¿Sabes si alguien ha perdido un anillo o ha sido robado?

Chuck lo examinó durante unos segundos.

–Nadie me ha dicho nada de un anillo perdido. Es bonito... ah, tiene una fecha grabada.

Chuck se puso la lupa de joyero en el ojo.

–1861. Es un anillo muy antiguo.

–Demasiado antiguo para esta zona, ¿no? –preguntó Mike.

–A saber dónde y cuándo lo perdieron. El riachuelo podría haberlo traído hasta aquí. Yo diría que has encontrado un anillo estupendo, Savannah.

–Estaba en la propiedad de Mike.

Chuck sonrió.

–No creo que a él le importe que te lo quedes. Al fin y al cabo, lo encontraste tú. Enhorabuena, es un anillo muy interesante. Podrían haberlo traído del este durante la colonización de Texas o podría ser de los nativos de la zona. ¿Quién sabe?

Después de darle las gracias salieron de la joyería, Mike con Scotty en brazos y Savannah con el anillo en el dedo.

–¿A alguien le apetece un bollo caliente?

Scotty empezó a dar palmas y Savannah rio.

–¿Quién podría rechazar una invitación así?

Después de tomar chocolate con bollos en una cafetería subieron a la camioneta para volver a casa. Savannah miraba a Mike por el rabillo del ojo mientras conducía, con más precaución que durante el viaje de ida.

–¿Hay hielo?

–Patina un poco, hay que tener cuidado. Y la mala noticia es que se acerca otra tormenta. Has elegido mal momento para atravesar Texas.

–Ni siquiera se me ocurrió pensar en el tiempo porque en Arkansas había sol cuando me marché. Estaba preocupada por otras cosas.

Mike asintió con la cabeza.

–Un contratista irá mañana al rancho para mirar el puente que quiero reconstruir. Quiero que sea lo bastante alto y fuerte para soportar una tormenta como la del otro día. Con Scotty y tanta gente trabajando en el rancho no quiero arriesgarme y ese puente es un riesgo.

–Admito que yo lo pasé mal cuando tuvimos que cruzarlo.

–Tendré que estar toda la mañana con el constructor. Me llevaré a Scotty y...

–¿Por qué? Hace mucho frío. Yo creo que es mejor que se quede conmigo en casa –lo interrumpió Savannah, mirando al niño, que empezaba a quedarse dormido–. Será horrible para mí tener que despedirme de él.

–¿Y despedirte de mí será fácil? –le preguntó Mike.

Ella se volvió para mirarlo a los ojos y el mundo dejó de existir por un momento.

–No, también será muy difícil despedirme de ti –le confesó.

Había estado bromeando, pero la expresión de Mike se volvió sombría de repente.

–Entonces no te vayas. Quédate unas semanas más.

–Unas semanas más no harán que la despedida sea más fácil, al contrario. Cuanto más tiempo estoy con vosotros, más quiero quedarme. Ninguno de los dos está preparado para un cambio, así que debería irme después del cumpleaños de Scotty, cuando hayan arreglado mi coche. Si Russ puede arreglarlo, claro.

–Pronto lo sabremos –dijo él–. Bueno, mañana Scotty se quedará contigo en casa. Pero si cambias de opinión, dímelo. Mi hermana podría quedarse con él.

Después de cenar vieron una película infantil y luego Savannah le leyó un par de cuentos, como hacían cada noche.

Más tarde, Mike y ella bajaron de nuevo al cuarto de estar.

–Scotty se ha dormido y estamos solos.

–Pues entonces siéntate a mi lado, relájate y pásalo bien.

–Ah, estoy decidido a pasarlo bien –dijo él– y todos mis planes te incluyen a ti.

Savannah rio cuando la tomó en brazos para sentarla en el sofá.

Olvidando todo lo demás, se concentró en Mike, en besarlo y abrazarlo.

–Mike, quiero besarte durante toda la noche y quiero que tú hagas lo mismo –susurró.

–Lo intentaré –dijo él, con voz ronca–. Haremos el amor hasta que salga el sol.

¿Hacer el amor con él sería un error más grave que su compromiso con Kirk? Iba a tener una relación íntima con un hombre que no tenía intención de comprometerse. Pero ya estaba hecho y tendría que pagar un precio por ello.

Capítulo Ocho

El jueves por la tarde, Mike entró por la puerta trasera y se quitó el sombrero. Había estado trabajando desde el amanecer y Scotty corrió para abrazarlo.

–Hola, Savannah, Russ tiene que encargar unos repuestos para el coche y tardarán un par de días. Si quieres hablar con él personalmente, él te dará los detalles. Le he dicho que no importaba el tiempo que tardase, pero Russ dice que la reparación costará unos dos mil dólares.

–Vaya –Savannah torció el gesto.

–Aun así, es más barato arreglarlo que comprar uno nuevo. Has dicho que solo tenía tres años.

Savannah lo pensó un momento.

–Creo que prefiero arreglarlo. Necesito un coche, no puedo quedarme aquí mucho más tiempo.

–Sí puedes –dijo Mike.

–No, no puedo. Hablaré con Russ para decirle que lo repare.

Mike le ofreció su móvil.

–No hay prisa. Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras. Además, Russ tiene que pedir los repuestos.

–Ya lo sé –Savannah salió al pasillo con el móvil en la mano y volvió al cuarto de estar unos minutos después.

–Le he dicho que lo arregle, pero no estará listo hasta mediados de la semana que viene.

–Es demasiado pronto –dijo Mike.

–Bueno, me temo que tendrás una invitada durante unos días más. Se lo he dicho a Millie.

–Millie cocina para un regimiento, no te preocupes.

Scotty levantó la cabeza en ese momento.

–Savannah, ¿estarás aquí para mi fiesta de cumpleaños?

–Claro que sí. Mi coche no estará listo hasta la semana que viene y tu fiesta es mañana.

El niño sonrió antes de seguir pintando alegremente.

El viernes por la noche, Scotty no podía permanecer sentado y no dejaba de preguntar qué hora era, deseando que llegasen sus tíos.

–Creo que va a desmayarse antes de que llegue la familia –bromeó Mike.

–No me voy a desmayar –replicó Scotty, ofendido–. ¡Ah, el timbre!

El niño corrió al pasillo.

–Está emocionado.

–La fiesta ha sido una buena idea, está feliz –el calor en los ojos de Mike

le aceleró el corazón. Cada día le parecía más atractivo, más irresistible.

Mike aprovechó que estaban solos para abrazarla.

–Millie y su marido están en la cocina y acaba de sonar el timbre –le recordó ella.

–Me da igual quién nos vea. Además, a Scotty le hace feliz que nos abracemos. Le gustas mucho, Savannah.

Sonriendo, ella dio un paso atrás.

–Cualquier excusa es buena, ¿eh?

El hermano de Mike, Jake, un hombre alto de pelo oscuro y su mujer, Madison, una guapa morena, entraron en ese momento y Mike hizo las presentaciones.

–Aquí está el rey de la casa –dijo Jake, tomando a Scotty en brazos.

–Hola, Scotty –lo saludó Madison, dándole un paquete envuelto en papel de regalo–. Feliz cumpleaños.

–Gracias, tía Madison.

–Lo abriremos más tarde –dijo Mike, dejando el regalo sobre la mesa.

–Hemos oído muchas cosas buenas de ti, Savannah –dijo Jake–. ¿Vas a enseñarnos el anillo de la leyenda?

Ella levantó la mano, riendo.

–Aquí está.

–¿Lo ves? Ya te lo dije –bromeó Mike–. Es lo único que le importa. Ah, aquí llega Lindsay.

Con un jersey marrón, vaqueros y botas forradas de piel, la hermana de Mike se inclinó para abrazar a Scotty.

–Hola a todos. Ah, aquí está nuestro chico. ¿Cuántos años cumples, Scotty?

El niño levantó tres deditos.

–Qué mayor.

–Sí, ya soy mayor.

–Desde luego que sí. ¡Hasta sabes hacer muñecos de nieve! Si nevase más podrías hacer todo un pueblo de nieve.

Scotty sonrió.

–Mi papá dice que se derretirá esta semana.

–Eso es lo que hace el sol, pero entonces llegará el buen tiempo y podrás jugar en el jardín.

El niño asintió con la cabeza.

–Bueno, vamos a ver el famoso anillo –dijo Lindsay entonces.

Savannah levantó la mano de nuevo.

–Es muy bonito. Qué raro que lo encontrases a la orilla del riachuelo.

–La verdad es que me gusta mucho la leyenda. Y tiene una fecha grabada, mira –Savannah se quitó el anillo para mostrarle el interior–: 1861.

Lindsay se lo pasó a Jake, que después de examinarlo se lo devolvió a Savannah.

–Siento mucho que tu coche esté estropeado, pero me alegro de que estés aquí.

–Gracias.

–Ah, aquí están Destiny y Wyatt Milan –dijo Lindsay.

Wyatt era un hombre alto con los ojos más azules que había visto nunca. A su lado iba una preciosa pelirroja que no se parecía a nadie, pero cuyo rostro le resultaba familiar.

–Me parece haberla visto en algún sitio –comentó Savannah.

Lindsay sonrió.

–Sí, claro. Tiene un programa de televisión sobre la historia de Texas y ha publicado un libro que está en la lista de los más vendidos. Wyatt es un Milan, así que ahora tenemos dos Calhoun casados con dos Milan. Mis abuelos se llevarían las manos a la cabeza.

–¿Entonces las dos familias siguen enfrentadas?

–Desde luego.

–Sobre todo Lindsay y Tony Milan –intervino Mike.

Su hermana se encogió de hombros.

–Yo no empecé la pelea.

Wyatt y Destiny se acercaron para saludar a todo el mundo.

–Os presento a Savannah Grayson, que se aloja en el rancho durante unos días. Savannah, te presento a nuestra nueva prima Destiny, a quien conocimos no hace mucho tiempo, y a su flamante marido, Wyatt Milan.

–Te he visto en televisión –dijo Savannah–. Encantada de conocerte.

–Gracias, lo mismo digo. Me han contado que tienes algo que ver con una leyenda local.

Savannah levantó la mano y Wyatt y Destiny examinaron el anillo como habían hecho los demás.

–La leyenda es fascinante –dijo Destiny.

–Wyatt, vamos a encargarnos del bar –lo llamó Mike.

–Destiny, deja de mirar el anillo –bromeó su marido antes de acercarse al bar– sé que quieres meter esta leyenda en tu programa.

Unos minutos después, un hombre alto de ojos oscuros entraba en el cuarto de estar con Scotty en brazos.

–Savannah, te presento a mi hermano Josh. Josh, Savannah Grayson.

–A quien tu hermano ha rescatado –dijo ella–. Me alegro de conocerte, Josh.

–Yo también. Y me alegro mucho de que Mike te rescatase –Josh se volvió hacia Destiny–. Me alegro de verte. Me han dicho que estás transformando a Wyatt en un charlatán y la verdad es que no lo reconozco.

Ella soltó una carcajada.

–No creo que dure.

–¿Puedo ver el legendario anillo? –preguntó Josh y, una vez más, Savannah levantó la mano–. Hay muchas leyendas en esta zona, algunas basadas en hechos reales, otras no son más que mitos, pero tal vez tengan algo de verdad.

–Buena teoría –dijo Lindsay–. Esperemos que Savannah encuentre el amor, aunque yo creo sería mejor encontrar un buen caballo.

Destiny soltó una carcajada.

–Si encuentras el amor tienes que contármelo. Wyatt tiene razón, me encantaría hablar de ese anillo en mi programa.

–Muy bien, si quieres hacerle fotografías...

Cuando Millie anunció que la cena estaba lista, todos pasaron al comedor. Scotty se sentó en su trona, al lado de Mike, y ella a su derecha, con Lindsay al lado. Mientras comían, Savannah disfrutó de las anécdotas de la familia Calhoun.

Aunque Wyatt era un Milan, parecía aceptado entre los Calhoun... bueno, casi por todos, ya que Lindsay solo habló con sus hermanos o con ella durante la cena. Pero eso no era asunto suyo, pensó.

Cuando terminaron de cenar, Baxter y Millie sacaron la tarta de cumpleaños con tres velas. Mientras todos le cantaban el Cumpleaños feliz, el niño no cabía en sí de gozo.

–Pide un deseo antes de apagar las velas, Scotty –dijo su padre.

–Deseo...

–No lo digas en voz alta o no se cumplirá.

Scotty cerró los ojos antes de soplar las velas y todos aplaudieron.

Savannah no tenía mucho apetito, pero era divertido estar con aquella familia. Mike y Scotty lo pasaban en grande, sobre todo el niño siendo el centro de atención.

Después del postre Scotty empezó a abrir los regalos, dando las gracias y abrazando a sus tíos. Cuando abrió el paquete con los libros de cuentos que Savannah le había comprado, le echó los bracitos al cuello.

–Espero que te gusten.

–¿Me los vas a leer esta noche?

–Sí, claro. Feliz cumpleaños, Scotty.

–¡Gracias!

El niño siguió abriendo regalos y Savannah sintió un escalofrío al recordar que la semana siguiente se iría a California y no volvería a verlo.

En cuanto se fuera intentaría olvidar Texas y todo lo que había pasado allí.

Volvió a mirar a Mike, recordando momentos de la noche anterior... Haciendo un esfuerzo, giró la cabeza y durante la siguiente media hora intentó no mirarlo.

Cuando Scotty terminó de abrir todos los regalos, los adultos se levantaron para tomar una copa mientras el niño, emocionado, intentaba decidirse por un regalo en concreto.

Wyatt y Jake lo ayudaron a montar un helicóptero por control remoto, rodeados de piezas diminutas.

–Deberías quedarte otra semana –dijo Lindsay.

–No tengo más remedio. Mi coche no estará listo hasta mediados de la semana que viene.

–No, quiero decir otra semana más. Para entonces habrá empezado a llegar la primavera y el rancho se pone precioso. Es una pena que no vayas a estar aquí cuando salgan las primeras campanillas azules, son divinas. Quédate una semana más y te llevaré a mi rancho para enseñarte mis caballos.

–Gracias, Lindsay, pero yo no sé nada de caballos. Además, que me quede o no depende de mi coche. En cuanto esté listo tendré que irme. Mike debe estar harto de mí.

–Yo no lo creo, por eso te he pedido que te quedases. Mi hermano

parece más feliz que en mucho tiempo, de verdad. Y es evidente que Scotty se ha encariñado contigo.

Savannah sonrió.

–No te preocupes por tu hermano. Es un hombre estupendo y algún día volverá a vivir. Y Scotty es un niño feliz. Les irá bien sin mí y, además, os tienen a todos para apoyarlos. No me necesitan, Lindsay. Mike no está preparado para una relación y yo tampoco.

Ella rio.

–¿Tan obvia soy? Me preocupa mi hermano mayor.

–La vuestra es una familia estupenda. Es genial que estéis tan unidos.

Lindsay inclinó a un lado la cabeza.

–¿La tuya no? California está muy lejos de Arkansas.

–Sí, bueno...

–Scotty quiere que veas cómo monta el helicóptero –dijo Mike, interrumpiendo la conversación–. Venga, Lindsay, tú también. Sus tíos lo han ayudado, pero Scotty está convencido de que lo ha hecho él solito, así que tendréis que lanzar exclamaciones de admiración. Y luego quiere que todos juguemos con él, por supuesto.

–Es demasiado pequeño para manejar un helicóptero por control remoto –dijo Savannah.

–No, qué va. Sabe usar un mando.

–Es listísimo –dijo Lindsay, acercándose a su sobrino.

Cuando se alejó, Mike tomó a Savannah del brazo.

–He pensado que tenía que rescatarte de mi hermana.

–¿Por qué?

–Conozco a Lindsay y seguramente ha decidido que eres buena para mí y para Scotty. No parará hasta convencerte de que te quedes un poco más. Yo estaría encantado, ya lo sabes, pero no quiero que te presione. Lindsay se preocupa por mí y se lo agradezco, pero si yo me metiese en su vida seguramente lo lamentaría.

–Está bien que se preocupe por ti y no estaba presionándome.

–Mejor –dijo Mike–. Ven, vamos a jugar con Scotty.

–Tu hijo es un ángel, pero a saber cómo será el próximo.

Él esbozó una sonrisa.

–Si tengo más hijos seguramente serán tan adorables como Scotty. Después de todo, me tendrán a mí como padre.

Savannah soltó una carcajada.

–Te ríes ahora, pero ya verás. Algún niño o niña te hará perder la cabeza.

–Yo creo que podría ser una niña rubia de grandes ojos azules. Y ya me ha hecho perder la cabeza.

–¿Ah, sí? Pues no sé si yo quiero saber nada de un chiflado –bromeó Savannah.

Mike le apretó el brazo.

–Ojalá ya se hubieran ido todos a casa.

–¿En serio? ¿Para qué? –preguntó ella, poniendo cara de inocente–. Es una broma, no lo digas.

–Pero voy a decírtelo más tarde.

Mientras jugaban con el helicóptero Wyatt y Jake parecían tan emocionados como Scotty.

–Mantén los ojos en el helicóptero y agacha la cabeza si se acerca a ti –susurró Mike.

–Tarde o temprano el helicóptero se estrellará, es inevitable –bromeó Wyatt.

–Pero Scotty lo está pasando bien, que es lo importante –dijo Savannah–. Y vosotros también.

–Desde luego.

–Mis hermanos también son así con los niños. A veces me pregunto para quién compran los juguetes.

Savannah miró a Scotty, que no dejaba de sonreír, y deseó que su madre estuviera allí con él y con Mike. Pero la risa de su hijo tenía que alegrar su corazón y ese sería un consuelo.

Pensando en su propia situación, se dio cuenta de que durante los últimos días el dolor por el rechazo de Kirk había desaparecido. De hecho, ni siquiera había pensado en él. Tal vez Mike estaba ayudándola a olvidar. ¿O estaba intercambiando una pena por otra?

Lindsay gritó y Jake tomó el control remoto, pero era demasiado tarde y cuando el helicóptero chocó contra la chimenea todos se lanzaron a ayudar.

–Scotty esperará que lo arreglen ahora mismo, así que voy a echar una mano –dijo Mike.

Savannah lo vio alejarse, pensando en lo que pasaría unas horas después, cuando estuvieran solos. Mirarlo la dejaba sin aliento. Cada día se convertía en alguien más importante para ella... solo esperaba que no se convirtiese en alguien esencial en su vida, porque no había futuro para ellos.

–¿Entonces te quedarás una semana más?

Sorprendida, Savannah se dio la vuelta y vio a Lindsay a su lado.

–La verdad es que...

–Eres buena para mi hermano y para Scotty. Te pido disculpas por meterme donde no me llaman, pero sé que a Mike le encantaría que te quedases.

–No tienes que disculparte, lo entiendo. Mike me ha pedido que me quede unos días más, pero cuando mi coche esté reparado tendré que irme a California. Mi tía está esperándome allí.

–¿De verdad tienes que irte?

Savannah suspiró.

–¿Mike te ha contado que acabo de romper mi compromiso con otro hombre o que estoy embarazada?

Lindsay la miró perpleja.

–No, no lo sabía. Lo siento, no debería haber dicho nada. Pensé que te ibas a California para ser independiente, qué boba soy.

–No pasa nada.

–Te pido disculpas. No debería haber insistido sin conocer tus circunstancias. Solo estaba pensando en Mike.

–No pasa nada. Es que hay complicaciones...

–Claro, lo entiendo. No necesitas cargarte con los problemas de otro. Bueno, vamos a ver los regalos de Scotty. Está deseando enseñárnoslos.

Lindsay no volvió a acercarse a ella y Savannah sospechó que ya no quería que se quedase para complicar aún más la vida de su hermano.

Cuando por fin todos se despidieron, Mike cerró la puerta y se volvió hacia ella.

–Scotty se quedará dormido antes de poner la cabeza en la almohada. Tantas emociones lo tienen agotado.

Mike subió al niño en brazos a la habitación y Savannah fue con él por si Scotty estaba lo bastante despierto como para pedir que le leyese un cuento. Pero, como había imaginado su padre, el pobre estaba agotado.

–Solo voy a quitarle las botas. No quiero que se despierte mientras le pongo el pijama.

Savannah bajó al cuarto de estar y Mike se reunió con ella unos minutos después.

–No sé si se acordará de esta fiesta cuando sea mayor, pero me alegro mucho de que Scotty lo haya pasado bien.

–Yo también lo he pasado bien –dijo Mike–. Y lo mejor era saber que tú estarías aquí cuando terminase la fiesta –añadió, apagando las luces–. El monitor está encendido, vamos a mi habitación. Es muy cómoda y podemos encender la chimenea.

–Muy bien.

Una vez arriba, Savannah lo observó mientras encendía la chimenea, pensativa.

–Tu hermana es una chica muy guapa e inteligente. ¿Por qué no se ha casado?

–Lindsay asusta a los hombres. O eso o ellos están más interesados en sus conocimientos sobre caballos que en ella misma. Cuando conoce a un hombre solo habla de caballos... espero que esta noche no se haya puesto muy pesada.

–No, en absoluto.

–¿Te ha pedido que te quedes unos días más?

–Sí, bueno, le he dicho que estoy embarazada y que acabo de romper mi compromiso con otro hombre.

Mike sonrió.

–No te preocupes por Lindsay. Sus intenciones son buenas y no suele meterse en mi vida. ¿Quieres beber algo?

–¿Tienes leche en ese minibar?

–Pues sí.

Mike sirvió un vaso de leche y abrió una cerveza para él.

–Muchas gracias por organizar la fiesta.

–De nada, ha sido un placer –dijo Savannah.

Unos segundos después, Mike dejó la cerveza sobre la mesa y le quitó el vaso de leche de las manos.

El pulso de Savannah se aceleró al ver el brillo de sus ojos. No recordaba haber visto tanto deseo en la expresión de un hombre.

–Ven aquí –dijo él, atrayéndola hacia sí para buscar sus labios.

Savannah le echó los brazos al cuello, besándolo apasionadamente,

poniendo todos sus sentimientos por él en ese beso. La temperatura de la habitación aumentaba y el corazón se volvía loco mientras se apretaba contra él, disfrutando del ardiente cuerpo masculino.

Sin dejar de besarla, Mike la tomó en brazos para llevarla al dormitorio y cerró la puerta, dejándola al pie de la cama.

Hicieron el amor durante toda la noche y, después, Mike la envolvió en sus brazos hasta que por fin se quedaron dormidos.

Cuando Savannah intentó apartarse un poco, Mike la tomó del brazo.

–¿Te vas?

–Está amaneciendo.

Cuando intentó apartarse, Mike la abrazó de nuevo y ella no pudo resistirse.

Pasó otra hora antes de que Savannah pudiera irse, cerrando la puerta con cuidado para no hacer ruido.

Sin dejar de pensar en ella, Mike se afeitó y se duchó canturreando una canción. Esa noche la llevaría a cenar mientras Scotty estaba con Lindsay. Estaba deseando quedarse a solas con ella y luego volver a casa para hacer el amor hasta el amanecer.

Russ había llamado el día anterior para decir que el coche estaría reparado el lunes por la tarde y el martes Savannah se iría a California. Otra despedida en su vida. Pero la olvidaría...

No, imposible. Estaba seguro de que siempre recordaría a Savannah. Iba a echarla de menos.

Mike tomó una fotografía de Elise. Siempre le dolería su muerte. Dejando la fotografía de Elise, pensó en Savannah. Había sido maravillosa desde el primer día, sexy, divertida, una tentación irresistible. Y maravillosa con Scotty también, algo que no olvidaría nunca. Estaba seguro de que el niño se acostumbraría a su ausencia como se había acostumbrado a todo lo demás.

Pero él...

Mike se pasó una mano por el pelo. Le gustaría estar todo el día con Savannah, pero con la tormenta que se avecinaba los peones necesitaban todos los brazos posibles.

Por la tarde, Lindsay se llevó a Scotty a su rancho y Mike decidió invitar a Savannah a cenar en Dallas.

Estaba en el cuarto de estar, mirando por la ventana mientras esperaba a que bajase de su habitación. Millie y Baxter ya se habían ido, de modo que estaban solos... y tenía la tentación de olvidar sus planes y quedarse en casa para hacerle el amor durante toda la noche.

Oyó un repiqueteo de tacones en el suelo de mármol y giró la cabeza.

Cuando Savannah entró en la habitación se quedó sin aliento, mirándola como si no la hubiera visto nunca. El vestido rojo se le pegaba a las curvas, el pelo rubio sujeto sobre la cabeza, con un par de mechones a cada lado de la cara, el resto cayendo en cascada sobre sus hombros. Sus ojos azules eran tan bonitos como sus labios rojos.

Tragando saliva, Mike dio un paso adelante.

–Estás preciosa –dijo, con una voz apenas audible.

–Gracias. Tú también estás muy guapo. Sospecho que las mujeres te perseguían desde que eras un niño.

Él esbozó una sonrisa.

–No lo creo, a menos que me persiguieran para pegarme –bromeó–. Podríamos quedarnos aquí en lugar de ir al restaurante. Tenemos la casa para nosotros solos.

–Llevo pensando en el restaurante todo el día. Me he puesto mi mejor vestido y me he arreglado el pelo...

–Bueno, si te pones así, supongo que tendremos que ir. Al menos podré mirarte toda la noche.

Mike estaba guapísimo con el traje gris oscuro, pero Savannah apenas podía probar bocado. Solo quería bailar con él, estar a solas con él, besarlo... pasar todo el fin de semana con él.

Estaba emocionada como nunca mientras lo miraba a la luz de las velas. La música de la orquesta llegaba al saloncito privado que Mike había reservado en el club de campo de Dallas. El brillo de sus ojos prometía una pasión sin barreras y ella tenía que hacer un esfuerzo para disimular que su pulso estaba acelerado.

Apartando la vela, Mike le apretó la mano, rozando el anillo con el pulgar.

–El anillo te queda muy bien. Espero que encuentres el amor y que la leyenda sea cierta.

«He encontrado el amor», fue el pensamiento que le apareció en el cerebro a Savannah mientras miraba los ojos oscuros de Mike.

Estaba enamorada de él.

Mike se había convertido en alguien especial. Lo admiraba, confiaba en él, lo pasaban bien juntos. Era un padre modelo y un hombre honesto. Estaba enamorada y sabía que se había arriesgado a eso desde el principio.

–Vamos a bailar, Savannah –murmuró Mike.

–Sí –susurró ella–. Me rescataste de la tormenta y de un corazón roto, no sé cómo darte las gracias.

–Por favor, soy yo quien tiene que dártelas.

–Esta noche está siendo maravillosa –dijo Savannah–. Tanto que ya se me ha olvidado lo que pasó con Kirk.

–Me alegro –dijo él, apretándola contra su pecho.

Bailaron en silencio durante unos minutos más, pero entonces Savannah se apartó para mirarlo a los ojos.

–El viaje de vuelta al rancho es largo, ¿verdad?

En realidad era un viaje muy corto, pero quería estar en su cama, entre sus brazos, en aquel mismo instante.

Algo brilló en los ojos castaños.

–¿Lista para volver a casa? –le preguntó, con voz ronca.

–Sí –respondió Savannah–. Más que lista. Vámonos a casa.

En cuanto llegaron al vestíbulo, Mike sacó el móvil del bolsillo para llamar al conductor y luego a su piloto, que estaría esperando en el aeropuerto.

En menos de una hora estaban en el aire, de vuelta al rancho. Mientras

él miraba por la ventanilla del avión Savannah miraba su perfil y sus rizos oscuros. No había ninguna duda, se había enamorado.

Capítulo Nueve

La luz del sol se colaba por las persianas de la habitación cuando Savannah se despertó, con el brazo de Mike en su cintura. Sonriendo, se dio la vuelta para acariciarle el torso y besarlo.

¿Iba de un desastre a otro?

Ella lo había ayudado un poco a superar su dolor, pero no estaba preparado para otro compromiso. La deseaba, sí, y estaba abierto a disfrutar de su compañía, pero no pensaba en amor o en compromiso de ningún tipo.

El mundo de Mike eran Scotty y su rancho. Ella solo era un interludio agradable, emocionante y sexy, nada más. No se hacía ilusiones.

Aun así, Mike la había ayudado mucho a superar el dolor por su compromiso roto y no pasaría nada por quedarse unos días más en el rancho. En cualquier caso, sería muy difícil decirles adiós.

Se volvió para mirar a Mike, pasándole un dedo por el mentón, y él la apretó con fuerza, buscando sus labios en un beso al que no se resistió.

Horas después, Savannah terminó su cuenco de cereales y lo llevó al lavaplatos.

–¿Cuándo volverá Scotty? Lo echo de menos.

–¿Prefieres jugar con él? –bromeó Mike.

–Scotty es un cielo.

–¿Y yo no?

Savannah se sentó en sus rodillas y le echó los brazos al cuello.

–Tú, cariño, eres el hombre más guapo y más sexy que he conocido nunca y haces que mi corazón se vuelva loco.

Mike la besó y ella le devolvió el beso como hacía siempre.

Por la tarde, estaban en la cama de nuevo, Mike apretándola contra su torso desnudo, cuando le sonó el móvil.

Savannah escuchó mientras hablaba. Lindsay quería que Scotty se quedase un día más en su rancho si le parecía bien y Mike le dijo que sí. Luego habló con el niño durante unos minutos y, por fin, se volvió parar mirarla.

–Sí, claro que puedes hablar con Savannah.

Sorprendida, ella se incorporó, cubriéndose con la sábana mientras el niño le contaba todo lo que estaba haciendo en el rancho de su tía.

Mike apartó el pelo de su cuello y empezó a besarla. Savannah sentía su cálido aliento en la nuca y tuvo que apartarse, nerviosa.

Mike insistía en besarla y tuvo que levantarse, arrastrando la sábana con ella y fulminándolo con la mirada, pero él sonreía de oreja a oreja mientras tiraba de la sábana para que volviera a su lado.

Por fin, dando un tirón, siguió charlando con Scotty mientras le sacaba

la lengua a su padre.

–Eres un pesado –le dijo cuando cortó la comunicación.

–Vamos a estar solos porque Scotty se quedará con su tía hasta mañana por la tarde.

–Lo echaré de menos.

–No te preocupes, intentaré mantenerte ocupada –dijo Mike, tirando de su brazo.

A la mañana siguiente, Savannah se levantó de la cama y se envolvió en la sábana.

–Voy a darme una ducha. Millie y Baxter ya estarán abajo.

–Nos ducharemos juntos.

–No, de eso nada o no terminaremos nunca.

Mike le pasó un brazo por la cintura.

–Quédate una semana más, Savannah. No tienes que irte enseguida. Quédate un poco más.

Ella miró sus ojos oscuros, pensando que no quería irse nunca.

–Muy bien, me quedaré hasta el jueves. Tal vez para entonces el tiempo haya mejorado.

–Estupendo –dijo él, con una sonrisa en los labios–. Nos vemos abajo.

Savannah fue a su habitación para ducharse. Cada vez que pensaba en quedarse más tiempo tenía que cuestionar sus sentimientos por Mike. Mike no le había ofrecido ningún compromiso, solo unos días más con él.

Por la tarde, Lindsay llevó a Scotty a casa y el niño corrió para abrazar a Mike.

El miércoles por la tarde, mientras Mike estaba reuniendo información para su contable y Scotty dormía la siesta, Savannah sacó su maleta del armario. El coche estaba arreglado, de modo que no había razón para quedarse allí.

Salía del vestidor con un par de jerséis en la mano cuando vio a Scotty al pie de la cama, mirando la maleta y luego a ella.

–¿Qué haces, Savannah? –le preguntó.

–Estoy haciendo el equipaje, cariño –respondió ella–. Es hora de irme a California como había planeado. Me iré mañana.

El niño no contestó. Tenía el ceño fruncido y los ojos llenos de lágrimas y a Savannah se le encogió el corazón.

–Lo siento, cariño, no puedo quedarme aquí para siempre. Tu papá y tú tenéis vuestras vidas, yo tengo la mía en California.

–¿No te gustamos? –susurró Scotty.

–Pues claro que sí –respondió ella, inclinándose para darle un beso.

–Yo no quiero que te vayas. Te quiero mucho.

Savannah tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

–Tengo que irme, cielo. Cuando vine aquí, tú sabías que tendría que irme tarde o temprano.

El niño sollozaba, agarrándose a su cuello.

–Por favor, no te vayas.
–¿Pero qué...? –Savannah oyó la voz de Mike en la puerta–. ¿Qué pasa, Scotty?
–Está dolido porque me marcho. No sé qué decirle.
–Ven aquí, hijo –dijo él, tomándolo en brazos.
–Lo siento, yo...
–Volveremos en un momento –Mike se llevó al niño y Savannah dejó caer los hombros, angustiada.
Tampoco ella quería marcharse y estaba segura de que Mike sufriría al ver llorar a su hijo. Probablemente lo mejor sería irse lo antes posible. En cuanto se fuera, Scotty volvería a su vida y se olvidaría de ella.
Mike llevó al niño a su habitación y lo sentó sobre sus rodillas.
–Scotty, Savannah tiene que irse. Tú sabías que se iría. Solo estaba con nosotros porque le pilló la tormenta en el camino, ¿recuerdas?
–Pero yo quiero que se quede con nosotros. Me gusta mucho, papá.
Mike tuvo que tragar saliva. No quería que Scotty sufriera, pero no estaba preparado para comprometerse con nadie, ni siquiera con Savannah. Ninguno de los dos estaba preparado para un compromiso, pero desearía con todo su corazón que pudieran seguir viéndose.
–Quiero que se quede, papá –insistió Scotty.
–Lo sé, cariño. Pero podemos hablar por teléfono con ella. Tal vez algún día volverá a visitarnos.
–No, no volverá –dijo el niño, llorando–. Por favor, dile que se quede.
–No puedo hacer eso. Savannah tiene su propia vida lejos de aquí. Si nos pidiera que nos fuésemos con ella a California, tendríamos que decirle que no, ¿verdad? Porque nuestra casa está aquí.
–¿No nos quiere?
–Claro que nos quiere, pero tiene que irse. Alguien la espera en California.
–¿Tú no la quieres?
Mike tragó saliva.
–Claro que la quiero, pero tengo que dejarla ir. A veces hay que dejar ir a la gente que quieres, no puedes evitarlo.
–Yo no quiero que se vaya –Scotty enterró la carita en su pecho.
–Yo te quiero más que a nada en el mundo, hijo. Tienes todo mi amor, ¿eso no cuenta?
–Sí cuenta, pero yo quiero a Savannah también.
Scotty no dejaba de llorar y Mike lo abrazó, intentando consolarlo.
–¿Puedo ir a verla? –le preguntó cuando por fin se calmó un poco.
–¿Vas a dejar de llorar?
–Sí.
–Y no le pidas que se quede, ya sabes que no puede hacerlo.
Scotty sorbió por la nariz, haciéndose el valiente.
Savannah terminó de hacer la maleta y unos minutos después, Scotty entró en la habitación con expresión solemne y un osito de peluche que dejó sobre sus rodillas.
–Me gustaría que te quedases, pero mi papá dice que no puedes.
–Así es, cariño, no puedo –dijo Savannah, con un nudo en la garganta–.

¿Te apetecen unas galletas de chocolate?
–Me gustaría más que te quedases –insistió el niño, haciendo un puchero.
–Tengo que irme a California, allí me espera mi tía. Pero puedo hacer unas galletas antes de irme, ¿qué te parece?
–¿Puedo ayudarte?
–Sí, claro.
–¿Ahora mismo?
–Claro, ¿por qué no?
Savannah lo tomó de la mano para bajar a la cocina, donde Millie estaba haciendo el almuerzo.
–Primero hay que lavarse las manos.
El niño corrió al aseo y Savannah sonrió, alegrándose de que al menos por el momento hubiese dejado de llorar. Con un poco de suerte, la tranquilidad duraría hasta que se fuera. El niño se sentó en una silla, concentrado en mezclar los ingredientes en un cuenco como si fuera lo más divertido del mundo.
Mike entró en la cocina poco después y, durante unos segundos, Savannah no fue capaz de respirar. A pesar de tener el ceño fruncido estaba guapísimo con la chaqueta y el sombrero.
–¿Adónde vas?
–Pensé que Scotty querría jugar en la nieve.
–Sí, luego. Cuando termine con las galletas –dijo el niño.
Mike esbozó una sonrisa.
–Parece que todo está bien aquí.
–Por el momento –dijo Savannah en voz baja, llevándose una mano al abdomen.
–¿Qué ocurre?
–No lo sé, me duele un poco. Pero no pasa nada, estoy bien.
–Si vuelve a dolerte, dímelo.
–Sí, claro.
–¿Por qué no te sientas un momento? Yo ayudaré a Scotty.
–No hace falta... –Savannah no pudo terminar la frase, doblándose sobre sí misma de repente.
Alarmado, Mike corrió hacia ella.
–Ven, siéntate.
Savannah iba a protestar, pero decidió que tenía razón. No sabía qué le pasaba, pero sentía un dolor extraño en el abdomen y empezaba a tener miedo.
–¿Te sigue doliendo?
–Sí –respondió ella.
–Voy a llamar al médico.
–Mike, espera un poco. Puede que se me pase.
–Y puede que no y entonces habremos perdido un tiempo muy valioso. Dejemos que lo decida el médico. Voy a llamar a una ambulancia...
–Parece que no voy a poder marcharme mañana como esperaba.
–Desde luego que no –asintió Mike.
Poco después los camilleros la metieron en la ambulancia y Mike le dio

un beso en la mejilla.
–Iré detrás de vosotros.
–Sí, por favor –murmuró Savannah, asustada.

En el hospital la atendió un medico que le pidió información sobre el embarazo y su historia clínica. Savannah le dijo todo lo que recordaba y el resto de la tarde fue un borrón porque se quedó adormecida en cuanto le pusieron un calmante. Oía las voces de las enfermeras y el médico, pero no podía abrir los ojos.

Más tarde la llevaron a una habitación y cuando por fin pudo abrir los ojos vio a Mike sentado, con el sombrero y la cazadora en la mano.

–¿El médico ha dicho que el niño está bien?

–El doctor Nash dice que no pasa nada grave. Los dolores terminaron antes de que llegases al hospital, así que no sabe qué puede haber ocurrido, pero quiere que te quedes un día más para hacer pruebas. Scotty y yo estaremos encantados de tenerte en el rancho unos días más –dijo Mike, apretándole la mano–. ¿Quieres algo?

–¿Y si quisiera una hamburguesa?

–Lo siento, tendré que preguntarle al doctor Nash.

–Era una broma. Busca un sitio donde dormir o vete a casa y vuelve mañana. No quiero que estés ahí sentado toda la noche.

–Estoy bien, puedo dormir en la silla. Lo he hecho muchas veces. De hecho, hasta podría dormir en el suelo, no te preocupes.

–Te he dado problemas desde el día que nos conocimos.

–Yo no lo veo así. Además, por ti todo merece la pena.

Sonriendo, Savannah cerró los ojos.

Mike se quedó mirándola. Pensó en el miedo que había sentido al verla enferma. ¿Estaba solo disgustado y preocupado por ella o le importaba más de lo que quería reconocer? ¿De verdad se había convertido en alguien tan importante?

No podía responder a esa pregunta. Debería ser capaz de entender sus sentimientos por Savannah, pero no era así. Y las lágrimas de Scotty… odiaba ver sufrir a su hijo, pero estaba seguro de que se le pasaría cuando Savannah se hubiera ido.

Él, en cambio…

Savannah iba a quedarse, al menos unos días más, y debía admitir que se alegraba. En parte porque estaba preocupado por ella, pero también porque quería que se quedase.

¿Estaba enamorado de Savannah?

Esa idea lo sorprendió porque estaba seguro de que no podría volver a enamorarse, pero cada minuto que pasaba con ella era extraordinario.

Y la idea de no volver a verla…

Intentó que la tristeza de Scotty no influyera en su decisión, pero daba igual, la respuesta seguía siendo la misma: no podía soportar la idea de no volver a verla.

Estaba enamorado de ella.

Miró a Savannah de nuevo y sintió una oleada de amor. No quería que

se fuera de su vida.

–Savannah... –susurró–. Te quiero.

Le besó los dedos y tocó el anillo de oro que había encontrado en el riachuelo, el anuncio del verdadero amor. ¿Cómo podía saber si eso era lo que sentía? Nunca se había cuestionado sus sentimientos por Elise porque habían estado locamente enamorados desde el principio.

¿Estaría cometiendo un grave error? No, no lo creía.

¿Cuándo se había vuelto Savannah tan importante para él? No lo sabía, pero era lo bastante importante como para que quisiera abrazarla y no soltarla nunca.

Tenía que dar un paso atrás y reflexionar, pensar en lo que quería antes de cometer el mayor error de su vida.

Si la amaba de verdad no la dejaría marchar, pero si no la amaba casarse con ella sería un terrible error. Y no sería bueno ni para ellos ni para Scotty.

¿Iba a lanzarse a algo que lamentaría más tarde?

Capítulo Diez

El viernes el médico le dio el alta y una hora después Savannah estaba en un sillón reclinable del cuarto de estar, con los pies sobre una otomana, cubierta por una manta... y protestando.

–El doctor Nash dijo que debías descansar durante unos días. Puedes levantarte para ir al baño, pero nada más. Te quedarás aquí hasta que acabe el mes y nosotros estaremos encantados –dijo Mike–. De hecho, Scotty está dando saltos de alegría.

–Sé que Scotty está contento, pero este no era el plan cuando me rescataste en la carretera.

–No digas eso –Mike le apretó la mano.

–Gracias por todo, pero será aún más difícil cuando tenga que irme. La verdad, estoy pensando que tal vez no sea buena idea ir a California. Tal vez llame a mi madre para decirle que vuelvo a casa.

–Sería lo mejor.

–Mi madre cuidará de mí y mis hermanos se portarán bien.

–Por lo que dijo el doctor Nash, no estás en condiciones de viajar. Yo puedo hablar con tu madre si quieres.

Ella negó con la cabeza.

–No hace falta, pero gracias por rescatarme otra vez. No sé qué decir.

Mike la abrazó.

–Nada de sexo por el momento, hasta que veamos cómo estás, pero sí puedo besarte. Seguro que los besos son buenos.

Savannah le echó los brazos al cuello.

–Los besos son espectaculares –susurró–. Y muy terapéuticos.

Mike la besó y, como ocurría siempre, el beso se volvió apasionado en unos segundos.

–Puede que tenga que salir a la nieve para enfriarme un poco.

–Tal vez sea lo mejor –bromeó Savannah.

Unos minutos después Scotty entró corriendo en el cuarto de estar y Mike lo tomó en brazos.

–¡Mira lo que hemos hecho, papá!

–¿Qué habéis hecho?

–Aquí están –dijo Lindsay, ofreciéndole una caja.

Sorprendido, Mike vio varias tarjetas de San Valentín dibujadas por Scotty.

–Ah, qué bonitas.

El niño eligió una grande pintada de rojo y fue corriendo hacia Savannah.

–¿Cómo está Savannah? –le preguntó Lindsay.
–El doctor Nash no ha encontrado nada anormal, pero dice que debe descansar durante unos días, así que nada de viajar a California por el momento. Desde que volvimos del hospital está bien, no ha tenido dolores.
–Me alegro. Mike, cuídate –dijo Lindsay entonces.
–¿Qué quieres decir?
–Ya hemos pasado por esto. Savannah es una chica muy agradable, pero su vida es muy complicada y yo... en fin, solo quiero cuidar de mi hermano. No necesitas más problemas.
–Sé que lo dices con buena intención, pero no te preocupes por mí. Preocúpate de tus caballos, yo estoy bien. Savannah no es una carga en absoluto.
–Pero no quiero que sufras...
–Estoy bien –insistió él–. Y ya soy mayorcito –añadió, dándole una palmadita en el hombro–. Te prometo que soy feliz.
Lindsay lo estudió en silencio.
–Bueno, admito que pareces feliz. Y quiero que siga siendo así.
–Sería más feliz si dejásemos el tema. Llevas demasiado tiempo siendo responsable de ese enorme rancho y te estás convirtiendo en una mamá osa.
–Muy bien, de acuerdo, no diré nada más. Voy a saludar a Savannah.
Sacudiendo la cabeza, Mike la siguió al cuarto de estar. Su hermana pequeña estaba haciéndose mayor y la responsabilidad que llevaba sobre los hombros estaba convirtiéndola en una persona demasiado adusta.
Scotty estaba apoyado en el sillón mientras Savannah miraba la tarjeta con una sonrisa en los labios.
–Hola, Lindsay.
–Hola, Savannah. Me alegro de que estés mejor.
–Gracias. Scotty me ha regalado una tarjeta preciosa.
–Cada día colorea mejor y lo hemos pasado bien haciendo las tarjetas, son muy originales. ¿De verdad estás bien?
–El médico no ha encontrado nada raro. Con un poco de suerte no volverá a pasar, pero tendré que quedarme aquí unos días más.
Lindsay le apretó la mano antes de despedirse. Mike la acompañó a la puerta y mientras veía la camioneta alejándose sonrió para sí mismo. ¿Sería Savannah una complicación en su vida como temía su hermana? Tal vez ya se la había complicado sin remedio.

Esa noche, después de cenar, Savannah abrazó al niño.
–Gracias por hacerme esa tarjeta tan bonita. Me ha hecho mucha ilusión.
–¿Vas a leerme un cuento?
–Scotty... –lo regañó Mike–. Ya sabes que Savannah tiene que descansar. Y se dan las gracias cuando alguien elogia algo que has hecho.
–Gracias, Savannah –dijo el niño obedientemente.
–Puedo leerte un cuento aquí abajo –dijo ella–. Ve a ponerte el pijama y luego baja para que te lo lea.

Scotty salió corriendo escaleras arriba.

–Ahora tendrás que leerle varios cuentos. Si no hubieras dicho nada podrías estar descansando.

–Me encanta leerle cuentos, no es ningún esfuerzo.

–Bajaremos enseguida.

–No pienso moverme de aquí.

En cuanto le puso el pijama, Scotty volvió al cuarto de estar a la carrera, cargado de cuentos. Savannah sentó al niño en el brazo del sillón, tomándolo por la cintura mientras leía, con Mike a su lado.

–Venga, Scotty, ya está bien –dijo él unos minutos después–. Savannah tiene que descansar.

El niño le dio un beso en la mejilla.

–Buenas noches, Savannah. Te quiero.

–Yo también te quiero, cielo. Buenas noches.

–Vuelvo enseguida –le prometió Mike.

–No te preocupes por mí, estoy bien –dijo ella, tomando el móvil para llamar a su familia.

Pasó media hora antes de que Mike bajase al cuarto de estar.

–Por fin se ha quedado dormido. Estaba tan nervioso que pensé que no iba a dormirse nunca –le dijo, poniendo las manos en ambos brazos del sillón–. No quiero que subas la escalera, así que o duermes en el piso de abajo esta noche o tendré que subirte en brazos.

–¿Tú qué prefieres?

–Qué duermas arriba.

–Si eso es lo que quieres...

–Entonces, vamos –Mike la tomó en brazos. Era tan suave, tan cálida, que solo podía pensar en besarla de nuevo.

–Llévame a mi habitación.

–A sus órdenes.

Mike la dejó a los pies de la cama.

–Yo dormiré en el sofá del saloncito, así podré venir corriendo si te pasa algo.

–No, de eso nada. Vete a tu habitación. Me encuentro perfectamente.

–He dicho que dormiré en el sofá –insistió él.

Y Savannah sacudió la cabeza.

–Muy bien, de acuerdo, pero no te necesito. ¿Y si Scotty despertase en medio de la noche?

–Tengo el monitor. Además, ya sabes que duerme como un tronco –respondió él, inclinándose para darle un beso en el cuello–. Estas muy guapa, Savannah.

–No lo estoy, pero gracias.

–¿De verdad te encuentras bien?

–Perfectamente.

–Tal vez haya sido cosa del destino. Me alegro de que sigas aquí y sé que Scotty siente lo mismo.

–Yo también me alegro de estar aquí.

A la mañana siguiente, después de asegurarle que estaba bien, Mike se fue a Verity para hacer unos recados y llevar a Scotty a la peluquería. Lindsay comería con ellos y luego se llevaría al niño a su rancho para pasar la noche.

Millie la ayudó a vestirse y ducharse y después insistió en subirle la comida para que no tuviese que bajar escaleras. Estar en el rancho era una bendición, pensó Savannah.

Por la tarde, mientras se vestía, temblaba de anticipación al saber que Mike y ella estarían solos.

Se puso un jersey rojo y un pantalón negro, pero tuvo que dejar desabrochado el primer botón porque le apretaba. El embarazo empezaba a notarse.

De repente, se emocionó. El bebé era cada día más real. Ese bebé que solo cuidaría ella, para quien tendría que ser padre y madre.

Bajando las escaleras despacio, fue a buscar a Mike al cuarto de estar.

–¿La fiesta es aquí? –le preguntó.

–Vaya –dijo él, mirándola de arriba abajo–. El rojo te sienta muy bien, aunque ya lo sabía.

–Mike...

Él la tomó por la cintura y Savannah lo abrazó, levantando la cara para darle un beso. Cuando por fin se apartaron, tuvo que hacer un esfuerzo para recuperar el aliento.

–Estoy deseando que el médico diga que puedo hacer vida normal. Hay una actividad en particular que echo de menos –susurró.

–Y yo estoy deseando que nos quedemos solos.

–Creo que ahora mismo estamos solos –Savannah iba a besarlo, pero Scotty entró corriendo en el cuarto de estar.

–La tía Lindsay está aquí.

–Gracias, cariño. Dile que estamos esperando.

Scotty desapareció por el pasillo y Savannah miró hacia el comedor. Millie había puesto un mantel rojo y un centro de mesa con flores rojas y blancas que Mike había comprado en el hospital.

Millie y Baxter sirvieron la cena y, más tarde, un pastel que la cocinera había hecho especialmente para la ocasión. No había nada que celebrar ese día de San Valentín, pero habían decidido organizar una cena especial, tal vez porque Savannah estaba a punto de marcharse.

Por fin, cuando terminaron de cenar, se reunieron en el cuarto de estar y Scotty repartió las tarjetas.

Con ayuda de Savannah, el niño había hecho una tarjeta para cada uno, incluidos Millie y Baxter, y una para ella que había hecho solo.

Savannah miró la tarjeta, con los bordes mal cortados y una figura de palo con la cabeza enorme y dos puntos como ojos. Te quiero, decía.

Cada vez que miraba a Mike en sus ojos había un brillo que no había visto antes, un calor que la hacía desear estar a solas con él.

Scotty estaba emocionado con el juego electrónico que le había comprado su padre, con los libros de cuentos de Savannah y con el juego de magia de Lindsay.

Una hora después Lindsay se llevó al niño y Savannah esperó en el

cuarto de estar mientras Mike los acompañaba a la camioneta.

–Ven a sentarte conmigo –dijo Mike después–. ¿En el sofá o frente a la chimenea?

–En el sofá.

Él la ayudó a levantarse de la silla y la envolvió en sus bazos.

–Lindsay llamará cuando lleguen al rancho, así que nos va a interrumpir dentro de un rato. Vamos a mi habitación.

–¿A tu habitación?

–Encenderemos la chimenea.

Savannah sacudió la cabeza.

–Esta noche lo he pasado muy bien. La tarjeta que Scotty me ha regalado será un tesoro para mí.

Savannah sintió una punzada de pena al pensar que pronto tendría que despedirse del niño.

Una vez en la habitación de Mike lo observó mientras encendía la chimenea y colocaba la pantalla para evitar las chispas. Poco después sonó el teléfono y lo oyó hablar brevemente con Lindsay. Después dejó el teléfono en la mesa y se volvió para abrazarla.

–Por fin. Llevo todo el día esperando este momento

Savannah iba a responder, pero él se lo impidió apoderándose de sus labios.

Como le pasaba siempre, dejaba de pensar en cuanto él la tenía entre sus brazos. Se olvidaba del futuro para concentrarse en el presente, sabiendo que lo amaba. Aunque tuviesen que despedirse, ya se había enamorado de él y eso era algo que no podía cambiar.

–Has conseguido lo que pensé que no conseguiría nadie, Savannah –dijo Mike, en voz baja.

–¿Qué? –preguntó ella, más concentrada en el beso que en sus palabras.

–Has hecho que me enamorase de ti. Te quiero.

Sorprendida, Savannah vio el amor brillando en sus ojos castaños. Era algo tan inesperado que no podía respirar.

–¿Estás seguro? –sin esperar respuesta, lo abrazó–. Te quiero. Te quiero cuando pensaba que no volvería a enamorarme nunca.

–Savannah, ¿quieres casarte conmigo?

Ella parpadeó, perpleja. No había esperado escuchar una proposición y menos una declaración de amor.

–¿Casarme?

–¿Quieres casarte conmigo? –repitió Mike.

–Pero voy a tener un hijo que no es hijo tuyo.

–Si te casas conmigo, será mi hijo. Lo adoptaré y lo querré como si lo fuera. Y Scotty también. Hay sitio en mi corazón para más hijos, Savannah. Pero no has respondido a mi pregunta.

Ella lo estudió con el corazón tan acelerado que pensó que podría oírlo.

–¿Estás seguro?

–Absolutamente seguro. ¿Quieres casarte conmigo?

La alegría, la emoción y la incredulidad se mezclaban en su corazón.

–Mike, te quiero –susurró, buscando sus labios–. ¿Has hablado de esto con Scotty?

–Lo dirás de broma. Mi hijo se pondrá a dar saltos de alegría –Mike se metió la mano en el bolsillo del pantalón–. Esto es para ti.

Era una cajita de terciopelo negro. Y en su interior había un precioso anillo con una esmeralda rodeada de diamantes.

–Mike, es un anillo precioso. Gracias, me encanta.

–¿Te gusta de verdad?

–Muchísimo. Pónmelo en el dedo.

–¿Quieres casarte conmigo, Savannah?

–¡Sí, claro que sí! Te quiero con todo mi corazón y esta vez no voy a cometer un error. Puedo confiar en mí misma, estoy segura.

–Bueno, puede que eso no sea verdad –bromeó Mike– pero voy a intentar demostrar que estás en lo cierto. Te quiero, Savannah. No puedo decirte la alegría que has traído a mi vida. Elise habría querido que me casara contigo, como yo lo habría querido si fuese al revés. La vida está para vivirla, no para encerrarse en uno mismo.

–Mike...

–Te quiero –Mike le puso el anillo en el dedo y la atrajo hacia sí para besarla, apretándola con tal fuerza que no podía respirar–. Creo que deberíamos llamar a Lindsay y Scotty para contárselo. Y a todos los demás.

Savannah tenía ganas de reír, de bailar, de dar saltos de alegría.

–Sí, vamos a llamarlos. Seguramente Lindsay no podrá meter a Scotty en la cama esta noche, pero quiero decírselo. Y también quiero llamar a mi familia para darles la noticia.

–¿Tus hermanos van a venir para darme una paliza?

–No, qué va –Savannah rio, feliz–. Aún no les he contado lo del embarazo y podrían pensar que este niño es hijo tuyo. Si me preguntan les diré la verdad, pero si no... –Savannah miró el anillo–. Mike, es precioso, de verdad. No tenía ni idea... pensé que no podrías volver a enamorarte.

–Creo que no había querido enfrentarme con mis sentimientos porque me asustaban, pero cuando te pusiste enferma me di cuenta de lo que sentía por ti –dijo él, abrazándola de nuevo–. Vamos a esperar hasta mañana para darle la noticia a todo el mundo... ¿te parece bien?

–Sí, creo que es lo mejor. Así te tendré solo para mí durante unas horas –respondió ella, besándolo–. Espero que nuestra vida sea maravillosa y que podamos llenar esta casa de niños.

–¿Tienes algún número en mente?

–Tal vez cuatro o cinco –de repente, Savannah se puso seria–. Mike, ¿y si el embarazo no llega a buen término o no puedo tener más hijos?

–No voy a casarme contigo para tener hijos. Quiero casarme contigo porque estoy enamorado de ti.

–Yo también lo estoy.

–¡Ni siquiera te he preguntado si quieres vivir en el rancho! –exclamó Mike–. No te he preguntado muchas cosas y creo que ese es el error que cometiste con tu exprometido, pero yo estoy haciendo lo mismo.

–Me has preguntado lo que es importante. Puedo dejar mi trabajo mientras los niños son pequeños y quiero vivir en el rancho. Solo deseo estar contigo, Mike. Te quiero con todo mi corazón.

Durmieron poco esa noche y Savannah sonrió en la oscuridad, sintiendo

como si fuera a estallar de felicidad. Iba a casarse con Mike... no podía creerlo. Ni siquiera se le había ocurrido soñar que pudiera pasar. Mike la amaba y ella lo amaba a él. Y en esa ocasión estaba completamente segura.

Lindsay y Scotty llegaron después de comer. Mike abrazó a su hijo y lo dejó en el suelo, volviéndose hacia Lindsay mientras Scotty corría para abrazar a Savannah.

–Le he pedido a Savannah que se case conmigo y ella ha aceptado.

Su hermana lo miró, perpleja.

–¿Estás seguro?

–Muy seguro –respondió él.

Lindsay lo abrazó.

–Enhorabuena entonces. Si tú eres feliz, yo soy feliz.

–Eres la primera persona a la que se lo cuento. Me gustaría hablar a solas con Scotty un momento.

–Sí, claro. Va a estar dando botes todo el día –dijo Lindsay–. Deja que duerma en mi casa esta noche.

–Puede que acepte tu oferta.

Entraron en el cuarto de estar, donde Scotty estaba moviendo su varita mágica para Savannah.

–Siento interrumpir el momento mágico, pero me gustaría hablar contigo, Scotty.

–Sí, señor –dijo el niño, dejando la varita en el suelo.

Mientras salían de la habitación, Lindsay se acercó a Savannah para apretarle la mano.

–Bienvenida a la familia Calhoun.

–Gracias. Espero que a todos os guste la idea.

–Claro que sí. Mi hermano parece feliz otra vez y su felicidad es lo único que me importa.

–A mí también.

–Bueno, ahora eres parte de la familia. Scotty se va a llevar una alegría.

–Es adorable. No sabes cuánto le quiero.

–Creo que serás estupenda para mi hermano y mi sobrino, la verdad.

–Y Mike será bueno para mí. Todos vosotros –Savannah suspiró–. Esto es como un sueño. Espero que Scotty se alegre de verdad. Es muy importante para mí.

–Lo sabremos cuando vuelva.

Mike estaba sentado en su estudio, con Scotty sobre las rodillas.

–Quiero contarte algo y espero que te haga feliz –empezó a decir–. Scotty, le he pedido a Savannah que se case conmigo y ella ha dicho que sí. Vamos a casarnos. Será mi mujer y tu segunda madre. Tu mamá siempre será la mujer que te trajo al mundo y te quería con todo su corazón, pero ahora tendrás otra mamá que vivirá con nosotros y será parte de nuestras vidas.

–¿Savannah se va a quedar? –exclamó Scotty, ilusionado.
–Sí, se va a quedar.
–¿Para siempre?
–Sí, para siempre.
–¿Puedo ir a verla?
–¿Eso significa que estás contento?
–Sí, señor –de repente, Scotty se puso serio–. ¿Puedo llamarla mamá? A mamá no le importaría, ¿verdad?
Mike tuvo que tragar saliva. El niño necesitaba una madre que lo quisiera, que estuviese a su lado. Era tan evidente...
–No, a tu mamá no le importaría en absoluto. Pregúntale a Savannah si puedes llamarla mamá, imagino que dirá que sí.
–¡Savannah no se marcha! –gritó Scotty.
–Vamos a darle un beso para que vea lo contento que estás.
Mientras iban al cuarto de estar Mike dejó escapar un suspiro de alivio. Era la reacción que había esperado, pero estaba encantado de que Scotty se mostrase tan feliz. De hecho, él mismo estaba a punto de dar saltos de alegría. Lindsay se lo había tomado muy bien y parecía entender que era feliz por primera vez en mucho tiempo.
–¡Vas a quedarte! –gritó Scotty, echándose en los brazos de Savannah–. ¡Te quedarás con nosotros para siempre!
–Tranquilo, Scotty –le advirtió su padre al ver que la estrangulaba con sus bracitos.
–Serás mi segunda mamá. ¿Puedo llamarte mamá, Savannah?
–Sí, claro que sí –respondió ella, emocionada–. No vamos a tener que despedirnos.
Lindsay miró a Mike, haciéndole un guiño.
–Enhorabuena. Ahora tienes la aprobación de Scotty, así que todo está bien. Bueno, ¿cuándo será la boda?
Savannah y Mike se miraron, riendo.
–Ni siquiera hemos hablado de eso. Queríamos contárselo a Scotty antes de nada. Y aún tenemos que hablar con la familia de Savannah.
–¿Puedo enseñaros mi truco de magia? –preguntó Scotty, haciéndolos reír.
–Dentro de un momento, hijo. Antes tenemos unas llamadas que hacer.
Lindsay dio un paso adelante.
–El truco de magia es corto y luego me lo llevaré a casa. ¿Quieres volver al rancho de la tía Lindsay?
–Sí –respondió el niño.
–Muy bien, entonces estamos listos para el truco de magia –anunció Mike, apretando la mano de Savannah.

Capítulo Once

El primer sábado del mes de marzo, después de celebrar la ceremonia en una pequeña iglesia de Dallas, tenía lugar un banquete en el club de campo. Savannah bailaba con Mike, sin dejar de sonreír.

–No creo haber conocido a tantos parientes en toda mi vida.

–Yo estaba pensando lo mismo –dijo él, mirando por encima de su hombro–. Tus hermanos me miran como halcones a un conejo.

Ella soltó una carcajada.

–No te preocupes, te querrán tarde o temprano. Y Scotty les ha encantado.

–Ah, ¿cómo no?

–Está jugando con mis sobrinos. Como es el más pequeño se lleva bien con todos.

–¿Te encuentras bien? Si estás cansada podemos dejar de bailar.

–El doctor Nash dijo que podía llevar una vida normal mientras no me cansara demasiado y bailar no es precisamente agotador.

–Ahorra fuerzas para más tarde –bromeó Mike–. Y hablando de eso, ya me he despedido de mi familia, por si acaso, y Lindsay se llevará a Scotty a su rancho. Yo diría que podríamos irnos ahora mismo. Solo tenemos que despedirnos de Scotty.

–Me parece un buen plan.

–Llamaré a Nell para decirle que saque a Scotty al jardín sin llamar demasiado la atención.

Savannah apretó su mano al ver que Lindsay, Wyatt y Destiny estaban en la puerta.

–¿Intentando hacer una salida rápida? –bromeó Lindsay.

–Así es, así que no interrumpáis.

–No te preocupes, no lo haremos –dijo Wyatt–. Yo he pasado por esto y sé cuánto deseas subir a la limusina y marcharte de aquí.

–Supongo que no podemos daros un abrazo de despedida –se quejó Lindsay.

–Si te abrazo todo el mundo se dará cuenta de que nos vamos y no terminaremos nunca. Te lo daré cuando volvamos.

–Trato hecho –dijo su hermana–. Nell y yo cuidaremos de Scotty, no os preocupéis.

–Ah, aquí está Scotty. Dame un beso, cariño. Tu mamá y yo estaremos fuera durante unos días.

El niño los abrazó a los dos.

–Ya lo sé, de luna de miel.

Mike sonrió.

–Tu tía Lindsay jugará contigo, ¿a que sí?

Después de despedirse del niño subieron a la limusina que los llevó al aeropuerto y desde allí a una casa que Mike tenía en una isla caribeña.

–Este sitio es precioso –dijo Savannah. La felicidad hacía que no pudiese dejar de sonreír; sentía como si estuviese flotando.

–Tú sí que eres preciosa –dijo Mike, abrazándola–. ¿De verdad no te ha importado que fuese una boda íntima, solo con los parientes y algunos amigos?

–Para mí ha sido perfecta.

–Podemos organizar otra más grande cuando volvamos.

–¿Para qué? Ya nos hemos hecho las promesas, ya estamos casados. Soy tu mujer y no necesito más bodas –Savannah sonrió–. Soy tan feliz. Espero que tú también lo seas.

Como respuesta, Mike la besó y Savannah le devolvió el beso, más feliz que nunca en toda su vida. Luego abrió los ojos para mirar el anillo que había encontrado en el riachuelo.

–La leyenda se ha hecho realidad. Eres mi verdadero amor, Mike, ahora y para siempre.

Sonriendo, él se inclinó para buscar sus labios de nuevo.